

# EL SENTIDO CRISTIANO DE LA VIDA Y OTROS ENSAYOS



*Jordán Bruno Genta*





## VIDA DE JORDÁN BRUNO GENTA

Genta nació en la ciudad de [Buenos Aires](#) el [2 de octubre](#) de [1909](#), como segundo hijo varón de Carlos Luis Genta (anarquista, ateo y anticlerical) y Carolina Coli. Recibió el nombre de Jordán Bruno en homenaje a [Giordano Bruno](#), un monje italiano a quien la Inquisición condenó a muerte en [1600](#) acusándolo de [herejía](#).

En el año 1936 se implantó en la provincia de Buenos Aires, bajo el gobierno de [Mamuel Fresco](#), una reforma a la enseñanza primaria consistente en reducir el ciclo de estudios generales a cuatro grados dejando los dos últimos para un ciclo de pre-aprendizaje basado en cursos de industria, comercio, agricultura, ganadería, quehaceres domésticos, etc. Paralelo a la reforma, el gobierno creó un Instituto Nacional del Profesorado destinado a la preparación pedagógica de los docentes en el marco adecuado para las finalidades que la reforma pretendía.

Este instituto estaba regido por un grupo de intelectuales vinculados al nacionalismo católico, entre los cuales se encontraba Genta. Los propósitos que la documentación oficial asignaba a esta entidad incluían, "... evitar el peligro (...) que la reforma, en su ejecución, pueda transformar los valores instrumentales con que tiene que operar, en fines y derivar a objetivos practicistas que la desnaturalizarían, malogrando la bienhechora influencia espiritual que está llamada a desarrollar". (Véase Ministerio de Gobierno. Reforma Educacional en Buenos Aires. La Plata, 1937, págs. 255-260).

En 1943 fue designado interventor de la [Universidad Nacional del Litoral](#) (Argentina) por la dictadura emergente del golpe del 4 de junio de ese año. Sus tendencias políticas nacionalistas le valieron amplias críticas en un documento editado en su contra y firmado por el movimiento radical [FORJA](#), lo que lo llevó a un enfrentamiento

con [Arturo Jauretche](#) y el breve encarcelamiento de éste último.

En sus obras, Genta promovía la jerarquización del saber y la promoción de los estudios técnicos en el marco de la [metafísica](#) de la filosofía tradicional [aristotélico-tomista](#) y el espíritu católico. En el marco de esta jerarquización del saber, los estudios técnicos debían estar al alcance del conjunto de la población, al igual que la cultura humanística de orientación católica.

### Asesinato

La mañana del domingo [27 de octubre](#) de [1974](#), al salir de su domicilio de [Buenos Aires](#), disponiéndose a ir a misa salió a la calle, siendo acribillado de once balazos frente a su familia, por un guerrillero apoyado por otros que se desplazaban en un vehículo. En el momento de su asesinato se desempeñaba como regente del Instituto de Enseñanza Privada Santa Rita.

La organización guerrillera [Ejército Revolucionario del Pueblo-22 de Agosto](#) se atribuyó la responsabilidad del asesinato.

# PRIMERA PARTE: SOBRE JORDÁN BRUNO GENTA

## GENTA: UNA LECCIÓN PROFÉTICA

Lo que voy a referir —en rigor, a testimoniar, discerniendo así la paja del trigo— ocurrió en San Miguel de Tucumán, en un mediodía soleado que se anticipaba aproximadamente en un año a la calculada amenaza de Lanusse —a la sazón Presidente de la República— en punto a que a Perón le da o no el cuero, y durante un tiempo del país en el que la guerrilla bolchevique ya se dedicaba a emboscar y asesinar a militares y a civiles, ello en el lamentable contexto de la defección alelada de los hombres de armas —en rigor, de los más altos jefes— sin doctrina verdadera y sin razones esenciales por las cuales, por ende, combatir y morir.

Pero tal defección y aleamiento no podían resultar sorprendentes a nadie, máxime cuando el Comandante en Jefe del Ejército —esto es, el Presidente— era un señor a quien es fama que el Gral. Eduardo Lonardi había dicho en su momento: *“Usted es el primer jefe de los Granaderos de San Martín, en toda la historia del cuerpo, que traiciona a su Presidente, y que coopera a derrocarlo en lugar de defenderlo”*.

El Profesor Jordán B. Genta había viajado a Tucumán para dictar una semana de conferencias a un nutrido grupo de jóvenes, algunos militantes nacionalistas y otros no, empero, todos hondamente preocupados por los rumbos que se abrían y por los horizontes que se cernían sobre la patria. Fueron jornadas, por cierto, fecundísimas, durante las cuales y al calor del verbo agustiniano del Maestro, nuestras almas se iluminaron y crecieron en la comprensión de la situación de la nación y en el sentido y el modo del combate que nos aguardaba.

Mi privilegiado rol, durante esos días, fue acompañar a almorzar al Profesor Genta, lo que ambos cumplíamos en un restaurante que se hallaba al frente, plaza por medio, en la estación del Ferrocarril Mitre. En el día al que voy a referirme —que era el tercero o cuarto de la estancia del Maestro— al concluir el almuerzo, y como ya había acontecido durante las jornadas previas, se acercaron algunos de los participantes de las conferencias, a beber un pocillo de café y a departir unos minutos —en verdad, una media hora— en un ámbito de mayor proximidad e intimidad, propicio al diálogo.

De pronto, uno de los presentes interrogó: *“¿No piensa Usted, profesor, que debemos organizarnos y armarnos, y atacar a los guerrilleros de la misma manera en que ellos nos atacan, eliminándolos ocultamente para evitar el reproche internacional y la represalia guerrillera de hoy y de mañana?”* Por cierto que era la postulación, o, al menos, la inquietud por el recurso a la sombra y a la capucha; por la modalidad de lucha que consistía en la acción paralela y clandestina; la opción por proceder, en fin, igual que la guerrilla.

La respuesta de Genta no se hizo esperar, ni hubo vacilación alguna en él al darla: *“No —dijo— esa manera de actuar es inadmisibile. En primer lugar y ante todo, el cristiano debe estar dispuesto a morir, no a matar; dispuesto a morir por la fe, por la patria, por la familia, por el prójimo. Debe estar dispuesto a derramar, como Nuestro Señor Jesucristo, la propia sangre, y no la sangre ajena. En segundo lugar, y si tiene que defenderse y combatir, el cristiano debe hacerlo en la luz y a cara descubierta, y no desde la sombra y con el rostro encapuchado. Además, los que tienen que desplegar la lucha armada son los integrantes de las Fuerzas Armadas de la Nación, quienes deben apresar abiertamente a los guerrilleros, deben juzgarlos públicamente según las leyes de la guerra, deben condenarlos públicamente y, si fuese posible, deben también ejecutarlos públicamente. Actuar clandestinamente es de una ruindad, una vileza y una cobardía impropias de un soldado, de un estadista y de cualquier cristiano; es algo que no se puede hacer si se es discípulo de Cristo. Y en tercer y último lugar, la guerra sucia a los guerrilleros se la van a perdonar y los va a convertir en héroes, a ustedes no. Ustedes, en rigor, no serán perdonados, y serán, en cambio, castigados como criminales”*.

Luego de estas palabras hubo silencio y mutis por el foro, porque era la respuesta de un *“caballero cristiano sin tacha y sin miedo”*, ¡qué digo! era la respuesta de un adalid de Cristo, el único que conocí que jamás cedió a la tentación de contrarrestar la “guerra sucia” con la “guerra sucia”, y ello porque llevaba en sí mismo y porque lo atraía y le interesaba más la nobleza del alma que la eficiencia, el testimonio de la Verdad que la seguridad, la ejemplaridad paidética que el éxito sin grandeza, la religión y la patria que, en fin, “la manija” del poder. No por nada el Padre Castellani calificó proféticamente a Genta como *“el pedagogo del o juremos con gloria morir”*, que fue una parábola que se cumplió literalmente.

Y aquí se acaba mi testimonio, que lo rindo gustoso de poder hacerlo como quien cumple con un deber sacro, sobre todo para que no se confunda al homérica cristiano que fue el Maestro Genta con la caterva de los que fueron nada más que oscuros represores.

*Pablo Juárez Ávila*

**Nota:** Este artículo fue publicado por la Revista “Cabildo” n° 36, de la tercera época, correspondiente al mes de mayo de 2004.

## SEMBLANZA DE JORDÁN BRUNO GENTA

Conocemos a un hombre por su muerte.

Toda vez que se pierde el anhelo superior de conquistar la grandeza, se está ante un signo inequívoco de irremisible decadencia. Rotos los vínculos que entrelazan la vida con su Origen, las naciones y los hombres quedan de espaldas a Dios e inmersos en la nada. Entonces, sólo los elegidos son capaces de reaccionar, y sostener la mirada fijamente en el vértice exacto del que nunca debió descenderse. “*Pocos hombres —dirá Rilke— sienten ascender en ellos un impulso de obrar tan fuerte como para erguirse con ardor en la plenitud de su corazón; quizás ocurra en los héroes y los elegidos del prematuro tránsito*”. Tal es el caso de Jordán Bruno Genta.

Signado por la Gracia de Dios, mantuvo fidelidad a Su Palabra en medio de la Gran Apostasía. Miró el abismo, mas no para caer en él, sino para cruzarlo con la intrepidez del águila; y cruzándolo, lo convirtió en peldaño hacia la eternidad. Así encaró la muerte, como el cruce de un abismo necesario que conduce a la infinitud. En tan augusta e irreplicable circunstancia, oyó el consejo de Agustín de Foxá:

*Para la muerte, hermano, te vestirás de fiesta,  
haciendo honor al limpio linaje de tu casta*

Quien así moría era el mismo que frente a la corriente que todo lo envuelve en su cambio, había reivindicado el sentido de la Permanencia; y frente a la tentación del devenir nihilista opuso el valor de la identidad. “*No les importe que los demás los contradigan —arengó cierta vez a los jóvenes— sólo debe preocuparlos, como a Sócrates, no estar en contradicción con ustedes mismos*”.

Le dolía la Patria, a la que entregó su inteligencia clara y su pasión fogosa, y en los umbrales de la plenitud, como vemos, la propia vida.

Porque por encima de todo compromiso en el tiempo, estaba la férrea religación con la Verdad que no tiene tiempo. Sabía y enseñaba que “*no hay ni puede haber Argentina Soberana sin que Cristo y María reinen en ella*”, pero para aspirar a tan empinada condición era necesaria la disposición al sacrificio. Y la tuvo.

Alguien muy próximo a él en el afecto, su esposa Lilia, había dicho, dolorida por la comprobación, que no eran aquellos tiempos “*de églogas, rimas y redondillas*”. “*Antes será el Combate y el entrevero, la tierra dura resquebrajada, el aire que huele a pólvora, aguas del río bajando rojas, y cada espina de los pencales de la montaña, goteando sangre. Cuando la espada corte los invisibles hilos del aire, sobre la tierra rescatada, será de nuevo —rosa inasible— la poesía*”. Acaso fue un presentimiento, pero llegaron gotas de sangre y aires quemados, como llegaron, tras el martirio, los primeros poemas (...)

Jordán Bruno Genta oyó a San Pablo. Y salió —heraldo nuevo para una proclama antigua— a predicar “*oportuna e inoportunamente*”. Jamás lo sujetaron moderadores consejos, pero nunca tuvo un gesto de arrogancia. Claro en sus convicciones, nos enseñó con el martirio libremente asumido, que no hay redención sin sacrificio, pero “*ese sacrificio del hombre, ratificaba, tiene que ser participe por la Gracia de Dios, de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo para ser vencedor incluso en la derrota, y para que la vida verdadera surja de la muerte con nitidez fulgurante en la Esperanza Sobrenatural*”.

Hay que volver una y otra vez sobre las reflexiones de Genta a propósito de la figura de Monseñor Tiso, para entender su propia figura y su muerte mártir.

Paradigmática es la alabanza que hace Genta del gran eslovaco, como emblema de una genuina política de soberanía física y metafísica. Paradigmáticas las razones en virtud de las cuales enseña que todo hombre de honor debe rechazar el éxito del mundo y homenajear a los grandes derrotados, a aquellos que a imitación del Señor, han resultado vencidos aquí abajo, por no abdicar de las cosas de arriba. Sin proponérselo se está retratando a sí mismo. “*¡Qué deferencia más señalada! —nos dice— ¡ser convocado para honrar a un vencido en la tierra!*” Es el alegato de un hombre superior que ha penetrado en la concavidad más recóndita del secreto del Calvario. La confesión, casi inefable, casi incommunicable, de quien ha visto de cerca la silente victoria del Viernes Santo. Es la inauguración trascendente de la mañana y del gozo, tras la mera inmanencia de la pena y del crepúsculo.

Pero algo más veía Genta cuando hablaba de su admirado Tiso. Tuvo “*un destino envidiable —proclamaba delante de sus compatriotas exiliados que lo escuchaban como a un maestro— porque mereció el triunfo y la gloria del martirio*”. ¡El martirio, esa buena muerte, esa preciosa e insuperable muerte donde empieza la vida sin muerte! Y largos años después de estas palabras, volviendo con fidelidad a rendirle homenaje al sacerdote caído, insistió con tono impetrante: “*permanezca en el mismo lugar en que estaba entonces, y espero que la muerte me encuentre, en esa definición canónica y nacionalista que profeso, y a la cual he consagrado mi vida*”.

La muerte lo encontró a Genta como él quería. Y la tuvo “*buena, preciosa, envidiable e insuperable*”, cual la había descripto hablando de Tiso. Premonición misteriosa. O deseo recto y ardiente que se alcanza por merecimientos propios. O inspiración bajo el auxilio de la gracia, si se prefiere.

Si los mártires de los últimos tiempos, dice San Agustín, no serán reconocidos como tales, no nos extraña el silencio inexplicable con que se rodeó y se sigue rodeando la ejemplaridad de su martirio desde los ámbitos eclesiásticos. Es lo propio de una jerarquía dúplice y medrosa, enferma de sincretismo, de pusilanimidad y de no pocas heterodoxias graves. Intentado que se hubo el inicio de la causa de la canonización, teniendo en cuenta que es un hecho probado que murió por odio a la Fe, la Comisión Arquidiocesana Para la Causa de los Santos, en carta del 24 de marzo de 2000, le respondió formalmente al Dr. Edmundo Paris —postulador de la causa— “*que dado el carácter político de la personalidad del Profesor Jordán Bruno Genta, no es posible aún recomendar al Señor Arzobispo que acceda a lo solicitado*”. Como si centenares de Santos no hubiesen alcanzado los altares, precisamente a causa de su carácter político, esto es, de su abnegada entrega al bien común. Como si la personalidad de Genta pudiera quedar ceñida al ámbito partidario. Como si la doctrina del nacionalismo católico, tal como él la predicó y ejerció, fuera obstáculo para la beatitud. Es extraño que estos mismos pastores promuevan la canonización de un Angelelli, obviando su carácter político, explícitamente ligado al terrorismo marxista, y hasta trocando su fatal accidente automovilístico en un atentado. Es extraño, pero ya no inhabitual en los desgarradores tiempos que vivimos. Entretanto, “*el Señor Arzobispo*”, al que “*aún no se le puede recomendar que acceda a lo solicitado*”, honra al cabalista Maimónides, y festeja el Año Nuevo Judío en el Seminario Rabínico Latinoamericano.

Pero más allá de las erráticas consideraciones del mundo, Jordán Bruno Genta ha sido reconocido por Dios en el Cielo como soldado e hijo digno. Y él, que desde el Alcázar de su Cátedra tantas veces había enseñado a morir “*como un acto de servicio*”, al llegar al cielo, bien pudo haberle dicho a Dios, parafraseando a Moscardó, “*sin novedad, Padre...*”

Ésta es la verdad. Amaba Genta la buena muerte y la obtuvo como premio. La deseaba y la pedía para sí con una insistencia que tiene sabor a premonición, a misteriosa anticipación de un destino heroico, a clarividencia diáfana de la misión que Dios le había encomendado. Cuando al fin le fue concedida, la recibió con la naturalidad de un sacramento. Se persignó primero, para caer después sobre el asfalto, a la vera de esos mismos árboles que se entreveían mientras él daba sus clases. Le es imposible a un alma sana, dejar de sentir aún el estremecimiento ante tamaño desenlace. Un hombre solo, sin cargos ni poderes, sin funciones públicas ni puestos influyentes. Un hombre solo y derrotado para el mundo; un hombre con su palabra preñada de verdad y de belleza, era el enemigo que molestaba al Régimen. Y el Régimen, a través de sus sicarios de turno —lo mismo dan sus siglas o divisas— se deshizo de él un domingo de octubre.

Iguales o peores son hoy las circunstancias. Peores si se admite que una corrosiva falsificación de la historia reciente, operada por los medios masivos en manos exclusivas de las izquierdas, agrega su cuota de perversión sobre una sociedad confundida hasta las heces. Sobre una patria por la que ya no bastan los ojos para llorarla, ni el corazón para sentirla herida. Sobre una Iglesia prevaricadora en muchos de sus conductores y de sus miembros. Sobre una Universidad y unas Fuerzas Armadas disueltas y vencidas, sin norte ambas, sin prestigio ni honor ni decoro.

Queda imitar a Genta. Aún en la soledad y en la adversidad, en la travesía y en el desamparo, en la zozobra y en el naufragio. Es posible el testimonio de la inteligencia y de la voluntad. Es posible querer convertirse en testigo. Y el derramamiento de la sangre de los justos, traerá la victoria que no puede llegar sino de esta manera.

“*¡Felices los insurgentes!*”, le cantaba Pierre Pascal a Maurras, en uno de sus logrados sonetos. “*¡Felices los puros, los reprobados, los insumisos, los defensores! ¡Felices los muertos por incendiarse el corazón! ¡Felices los encarnizados hasta los últimos cartuchos! ¡Felices en Don Quijote, los que han preferido, riendo del mañana, vivir a ojos, boca y pulmones llenos!*”

Feliz Jordán Bruno Genta, a quien se pueden aplicar estos versos exactos. Y ¡ay de nosotros!, y de lo que por nosotros el bien común dependa, si no somos capaces de recoger su espada, su bandera y su Cruz.

*Antonio Caponnetto*

## PENSAR LA PATRIA

Su palabra tenía el peso del acero, la altura de la estrella, la exactitud de la geometría. Urgente y urgida, impetrante y profética, ora arenga, ora parábola, testamento o lección magistral. Remontaba vuelo, pero sabía volver al valle para dilucidarnos las necesarias cuestiones terrenas. Era el Orador del Verbo, el Orador de la Cruz en la dura cuaresma de la patria.

Su conducta no conocía dobleces. Fue tenido por unos y otros como principista, intransigente, demasiado duro, excesivamente ortodoxo. Es el modo en que los rectos celebran y agradecen el comportamiento de los hombres eminentes; y es el modo en que los inferiores destratan a quienes no son tan tibios ni tan mediocres como ellos. Leída a derechas, le cabe la sentencia de Saint Exupéry: “*amo el agua pura y el vino puro, pero hago de la mezcla un brebaje para castrados*”.

Nunca aconsejó cuidarse. Nunca escogió conservar el puesto, ni admitió aquellos en todo incompatibles con la extrema coherencia. Nunca sacrificó la publicidad de la Verdad a la privacidad de los propios intereses. Nunca lo arredró saber que los enemigos no perdonan. Prefirió vivir un día de león a cien años de cordero. Eligió con Castellani “*los cien pájaros volando al uno en mano*”. “*Mi cátedra es mi palabra*”, nos decía. “*Y también es mi vida. Mi palabra me compromete a mí solo. Yo no hablo respaldado por ninguna institución, ni por ninguna fuerza*”. En efecto, lo cuidaban los arcángeles. Hasta que ellos mismos, aquel domingo de octubre, le cerraron misericordiosamente los ojos.

Su estilo era alegre y optimista, jovial sin desbordes innecesarios, paternal sin afectaciones, afable y vehemente, generoso y caballeresco, galante y expansivo. Y porque sólo el humilde está en la Verdad, al buen decir teresiano, tenía Genta conciencia de sus debilidades y de sus dones. Si no alardeaba por estos últimos, tampoco simulaba no tener las primeras. Del famoso estilo prusiano que retrató Spengler, de seguro se le aplican dos atributos: la ordenación aristocrática de la vida, y el carácter que se rige a sí mismo.

Cuando quisiera preguntarme un día si se libre revisionista, que sacó de su biblioteca una que era un pregato, replicando con una de bitáforas la Oración del Paracaidista Francés, para que supiera qué cosas conviene pedir y cuáles no. Lo recuerdo en un andén de Constitución, esperando un tren del interior que no llegaba nunca, desplegando una lección magnífica sobre el ejercicio de la paciencia. Lo recuerdo recitando a Baldomero Fernández Moreno, ante el nacimiento familiar de una sobrina llamada Marcela. “*¡Marcela, nombre de pastora y de princesa!*”, repetía entonces con su voz bizarra. Casi como los hexámetros de Homero, o los pareados del juglar cidiano, podía improvisar y reiterar musicales frases ante determinadas situaciones. Era su cultivo de la eutrapelia. Lo recuerdo enojándose en una reunión doméstica, por haber preferido la gaseosa al vino, asegurándome que esas conductas serían penadas severamente en tanto ocupase la primera magistratura. Lo recuerdo una tarde veraniega, en una casaquinta, intentando unos fugaces malabares futbolísticos, ante el tierno reproche de su mujer, que lo ponía en aviso sobre el ineluctable paso de los años. Lo recuerdo erguido, enorme, protector, recibíndome con mi futura esposa en el escritorio de su casa. Lo recuerdo —y no quiero olvidarlo nunca— cuando desplegaba su arte retórica, y las voces se hacían plegaría y poesía, saetas y tacuaras, laureles y tambores. “*Nada grande en la vida se ha hecho sin pasión*”, repetía con Hegel. La tuvo ordenada al logos, y por eso mismo fue hacedor de cosas grandes.

Un hombre se conoce por su pensamiento.

Genta pensaba —y lo reiteró en su última conferencia— que “*lo que necesita un pueblo es teología y metafísica*”. Casi lo que había dicho Don Juan Manuel en su austero destierro, mate en mano: “*lo primero que necesitan los pueblos es la calma y el silencio*”. Pensaba que una íntima juntura une a la polis con el alma, no siéndole indiferente a aquélla el movimiento ascendente o descendente de ésta. Pensaba que en materia antropológica sólo queda una opción de hierro: “*un hombre dominado por sus impulsos y pasiones, o un hombre libre, que vive como San Francisco, muere como Sócrates, se destierra como San Martín, desface entuerros y vengas agravios como Don Quijote, o colma su vigilia de serena sabiduría, como Aristóteles*”. Pensaba, en suma, que las dos banderas y las dos ciudades lo recorren todo, obligándonos a optar a cada paso. Los sofistas o el filósofo, las ideologías o la Idea, el Manifiesto Comunista o el Sermón de la Montaña, la escuela laica o la Pedagogía del Verbo, el ideal utilitarista o la preeminencia de la vida contemplativa, la concepción burguesa de la existencia o la consigna de Job, la trilogía jacobina o las tres virtudes teologales, la habilidad o la sabiduría, la masa o los arquetipos, la vida cómoda o el combate, la Revolución Mundial Anticristiana o la Doctrina de Guerra Contrarrevolucionaria; el populismo clasista y socialista o “*un nacionalismo católico y restaurador, jerárquico e integrador, cristiano y argentino en su contenido y en su estilo*”.

Como se advierte, el pensamiento de Genta, no se limitaba sólo al orden político, y aunque fue el ámbito en el que más repercusión tuvo, o por el que mayormente se lo conoce, la verdad es que se prodigó en otras disciplinas, tales la psicología, la filosofía, la teología, la sociología y la metafísica. Tengo ante mis ojos un cuaderno suyo, manuscrito, con las cien primeras páginas de un *Tratado de Cosmología*, que quedó trunco e inédito. Sus reflexiones iniciales son sobre Heráclito, las últimas que llegó a escribir trazan un cuadro comparativo entre Santo Tomás y Duns Escoto. Con justicia pues, valoró filosóficamente su obra nuestro admirado Alberto Caturelli, quien lo llamó “*caudillo socrático cristiano*”.

Todo este tesoro de sabiduría clásica, tradicional y católica, lo desplegaba Genta en su casa, despojado que fuera de cualquier apoyo institucional o de respaldos estructurales. En esa casa podía encontrárselo, trabajando austeramente durante largas horas. Al verlo así, volcado sobre sus papeles y libros, era imposible no traer a la memoria esa descripción que hiciera José Antonio de la figura de Mussolini, cuando lo visitara en Roma. Estaba firme, “*laborioso junto a su lámpara, velando por su patria, a la que escuchaba palpar desde allí como a una hija pequeña*”.

En ese mismo ámbito se veló su cuerpo, ya sin vida. En la cabecera del ataúd, la imagen de la Virgen, con un sable a sus pies. A la diestra una lanza, ensortijada con la cinta federal y el banderín argentino. Sobre su pecho amortajado, once rosas de sangre mártir, que se negaban a cicatrizar. Era el ícono mismo del nacionalismo católico, el emblema de la victoriosa muerte martirial. Como en Jalisco, en La Vandée o en Alicante, pero en la Ciudad de la Santísima Trinidad, con nosotros de emocionados e indignos testigos.

Antonio Caponnetto

## POR LUCHAR POR EL AMOR, LO HA MATADO EL ODIO

Por extraña paradoja los enemigos hicieron posible que su última lección, la muerte, fuera la primera que llegara a todos los argentinos. Durante su vida lo rodearon de silencio. Hoy, el silencio de su muerte es un grito de guerra.

Era Genta uno de esos varones fuertes, que se arrebatan al cielo por asalto. Fogoso, apasionado, sabría transmitir a cuantos se le acercaban esa caridad inmensa que lo consumía. Amó a Dios; amó a la Patria; amó a sus amigos con la vehemencia del que no conoce “*los términos medios jamás aceptados*”.

La Fe lo sostenía con la pasión y el ardor de los grandes conversos. La Caridad lo urgía. La Esperanza lo hacía invulnerable aún al desaliento más legítimo.

Casi contrastando, diríamos, con esto, se volvía hacia los hombres con esa enorme humildad que proyectaba en su trato hidalgo, en el diálogo íntimo siempre cautivante.

Como filósofo lo centraba todo en la rehabilitación de la inteligencia. Formado en el más puro estilo socrático, hacía resplandecer la Verdad por contraste, a través de la crítica de los hábitos intelectuales, de los prejuicios que se difunden como verdades. De allí sus grandes oposiciones que dejó plasmadas en libros memorables: el filósofo y el sofista, la idea y la ideología, el Sermón de la Montaña y el mesianismo comunista. Sabía, como su maestro, que una y la misma es la ciencia que trata de los contrarios.

Superados muy pronto las limitaciones y los errores de su formación —que no eran otros que los propios de la Universidad liberal y reformista— llegó a través de la frecuentación de los clásicos a la madurez de la Fe.

La pedagogía del verbo contrapuesta a la de la acción, la preeminencia del ocio contemplativo sobre el pragmatismo utilitario, el ideal heroico de la vida sobre la concepción burguesa de la existencia, se advierten ya desde el comienzo mismo de su tarea docente. De allí a la contemplación del Verbo hecho carne no había más que un paso inevitable. La Fe en él era Fe ilustradísima, la culminación lógica y coherente de la razón llevada hasta el umbral mismo del Dios vivo.

Su filosofía era vida. Gustaba repetir con Péguy que la filosofía no va a la clase de filosofía, porque es vida. Nunca la entendió de otra manera. Por eso cada vez que se remontaba hasta la altura de los primeros principios era para descender finalmente a iluminar la realidad concreta y descubrir la cuota de eternidad en cada tramo de tiempo.

Durante más de diez años aprendió y enseñó el arte supremo de las definiciones. Llegó así al año 1943. Ese intento fugaz de rehabilitación política —al que había contribuido en forma decisiva esclareciendo a los hombres de armas en conferencias que perdurarán como modelo en su género— le confió la Universidad del Litoral con miras a una proyección más amplia sobre el resto del país. A la hora de definir el camino lo hizo con concisión y profundidad: “*Hay que aristotelizar la Universidad*”. Y el título de su primer discurso académico es toda una proclamación de principios: “*Rehabilitación de la Inteligencia*”. En este marco de rigor intelectual y de profundo sentido nacional hizo

rendir el primer homenaje de una Universidad argentina a San Martín.

La Escuela Superior del Magisterio fue otra de sus grandes creaciones. Desde allí trató de infundir a los maestros argentinos, desquiciados por un siglo de laicismo y normalismo sarmientino, una nueva mentalidad de raigambre católica, nacionalista e hispánica. Todo lo que pasó después es hartamente conocido. La habilidad y la demagogia sustituyeron a la Sabiduría de la Patria. No hubo lugar para Genta en la Argentina oficial.

El 2 de abril de 1945 sobreviene el asalto al Instituto del Profesorado Secundario de Buenos Aires, del cual era rector. El retrato de Rosas —que presidía por primera vez en la historia el despacho de un rector— fue sacado a la calle y quemado. Y en un acto que quedará para siempre como ejemplo de la arbitrariedad y el despojo, el 5 de mayo de 1945 fue dejado cesante de todos sus cargos. (Curiosamente el decreto de cesantía lleva la firma del actual ministro de Justicia).

Así se pretendió poner fin a una obra docente a la que el Padre Castellani calificó como la obra del “*pedagogo del jo juremos con gloria morir!*” Y que el Padre Eliseo Melchiori llamó un día “*la más alta cátedra de este país*”. Pero se equivocaron. Llevó la cátedra a su hogar; y allí continuó enseñando, siempre la misma verdad, cada vez más rica y más madura hasta la víspera misma de su muerte. (También

algunos colegios católicos le hicieron un lugar en sus aulas).

Fue un maestro de fidelidad y de vida. Tuvo el reconocimiento de su magisterio en la Distinción que en 1971 le otorgara el Instituto San Alberto Magno “*por su filial adhesión a la Cátedra de Pedro*”.

Nada pudo ser más adecuado para quien había sostenido siempre la Verdad en la Cátedra de la unidad.

Pero Genta no se agota en su faz filosófica y docente, que por sí sola bastaría para colmar todo el ámbito de su vida.

Él fue, quizás por encima de todo, el gran Combatiente, el Camarada.

La Política fue su gran pasión. Le dolía la Patria. La soñaba grande, egregia capaz del señorío y por sobre todo, instaurada en Cristo. Dotado de un extraordinario realismo vio y predijo infinidad de situaciones, algunas de ellas las más dramáticas de la historia de los últimos tiempos. Abrazado al Nacionalismo, la preocupación de toda su vida fue verlo limpio e incorruptible. Y si en su “*Guerra Contrarrevolucionaria*” —doctrina política que escribió para la Aeronáutica Militar— nos dejó la suma de las verdades que hay que servir y los errores que combatir, en “*El Nacionalismo Argentino*” nos ha legado su definición más clara y luminosa: “*constructivo y restaurador, jerárquico e integrador, cristiano y argentino en su contenido y en su estilo. Una afirmación soberana frente a la Plutocracia y al Comunismo*”; libre de las falsas ideologías que ensombrecen la limpidez de su contenido: populismo, clasismo, socialismo.

Quiso para el Nacionalismo la solidez y el rigor de una Doctrina Política, remontándolo hasta los niveles más altos del pensamiento e integrándolo en la universidad de su Filiación Católica.

No transó jamás con ninguna circunstancia. Solía decir siempre que era preferible la soledad a la claudicación.

Su muerte es la muerte de un soldado, el sacrificio total de quien había escrito: “*Sólo la disposición al sacrificio puede realizar la Verdad de la Soberanía Nacional*”.

Cuando pase el dolor, cuando deje de mordernos los labios, la muerte de Genta adquirirá la dimensión de “*una alegría alta*” a lo Salinas, de una “*recóndita alegría*” chestertoniana y será para nosotros el símbolo de la Victoria.

Dios nos ha hecho con su muerte —desde García Moreno— el regalo de un mártir.

*Revista “Cabildo”*

**Nota: Este artículo pertenece a la Revista “Cabildo” nº 19, año II, del 8 de noviembre de 1974.**

## CUANDO LA NACIÓN PIERDE SU MEMORIA

*“Recordar es un deber, olvidar es una culpa” (Jordán B. Genta)*

*“Pon en todas tus horas un enlace místico, y en la que llega vierte todo el contenido de la hora anterior, tal como el vino añejo del ánfora pequeña se trasiega en otra más capaz y se junta con el de las nuevas vendimias...” (Valle Inclán)*

La vida del hombre transcurre en una diversidad de actos, de momentos, de situaciones cambiantes al extremo, en una pluralidad variable y dispersa de acciones y de pasiones. Y sin embargo esa diversidad, esa dispersión en el tiempo, no borra la conciencia de su permanencia, de su identidad, de su estabilidad como yo, como persona.

Es la memoria, hábito de la mente que opera ligado y subordinado a la imaginación, la que hace posible esta conciencia de la permanencia del sujeto que vive en el tiempo. Por ella el pasado se conserva como tal y se encuentra siempre *“en disposición de ser evocado y reconocido en la conciencia presente”*.(1)

La memoria está esencialmente referida al tiempo; su objeto propio es algo pasado, algo referido a una situación singular y determinada, conservación y evocación de la experiencia. Pero en tanto en el animal la memoria sólo se ejercita en la línea de la sensación y del impulso y queda como clausurada en la inmediatez del comportamiento y en el mecanismo automático de su ejercicio, en el hombre la memoria es *memoria reflexiva*, es sensación y conocimiento de esa sensación; por eso el hombre es capaz de dar al tiempo su carácter de duración *“y lo rescata del instante fugacísimo en la continuidad de la conciencia que recuerda y que espera”*.(2)

Por esto dice Aristóteles que *“...de todos los animales conocidos, la rememoración sólo la tiene el hombre, siendo la causa de ese privilegio que la rememoración es una especie de razonamiento”*.(3)

Esta capacidad de la memoria de asegurar la permanencia del yo a través de la continuidad del tiempo, de concientizar la unidad íntima de la persona a través de la dispersión de sus experiencias, ha inspirado a San Agustín —maestro insuperable del alma humana— una de sus páginas más admirables.

*“Continuando, pues, en servirme de las potencias de mi alma como de una escala de diversos grados para subir por ellos hasta mi Creador, y pasando más arriba de lo sensitivo vengo a dar en el anchuroso campo y espaciosa jurisdicción de mi memoria, donde se guarda el tesoro de innumerables imágenes de todos los objetos que de cualquier modo sean sensibles, los cuales han pasado al depósito de la memoria por la aduana de los sentidos...”*

*“Cuando mi alma se ha de servir de esta potencia, pide que se le presenten todas las imágenes que quiere considerar”*.(4)

*“Grande y excelente potencia es la memoria. Su multiplicidad, Dios mío, tan profunda como inmensa, tiene un no sé qué que espanta; todo esto que es mi memoria lo es mi alma y lo soy también yo mismo. Y ¿qué soy yo, Dios mío?, ¿qué ser y naturaleza es la que tengo? Una naturaleza que se compone de varias y que vive con varios modos de vida, y que de varios modos es inmensa...”*

*“Por todos estos campos, cavernas y senos de mi memoria, corro y vuelo de una parte a otra, me insinúo y profundizo cuanto puedo... Tan inmenso como esto es la fuerza y virtud de la memoria; y tan grande es la vivacidad humana, no obstante ser la vida del hombre mortal y perecedera”*.(5)

Este movimiento de la memoria hace que el alma se reconozca a sí misma en cada instante, en su unidad profunda. Es esa unión de las horas que las conecta unas con otras, que las rescata del tiempo y del olvido, esa especie de muerte inexorable y temible.

La memoria es la *conciencia reflexiva* de que el hombre es *uno*; que este *mi* y este *mío* están referidos a un yo que permanece a través de las mudanzas. La memoria es como la condición de la permanencia, sin ella la vida del hombre no sería más que un cúmulo de fragmentos, de horas, que se sucederían desconexos y fugaces en una especie de vértigo caótico. Por la memoria, el alma se reconoce a sí misma, se evoca a sí misma y rescata al tiempo.

La memoria histórica de las naciones, se analoga con esta facultad maravillosa de la memoria del hombre. La memoria de una Nación, una ~~nación~~ *enlaza a vivos y muertos, a través de un tiempo rescatado de su temporalidad, y hecho evocación, tradición y recuerdo. Esa memoria nacional — como ocurre análogamente en el hombre, individualmente considerado — es la condición de la unidad y la identidad a través de las generaciones reunidas en la permanencia de un Ser Histórico que no cambia. Así como la memoria no es mero recuerdo, simple evocación, sino conciencia de identidad, conciencia del yo mismo e idéntico a sí mismo, que sobrevive, así también la memoria de las naciones no es sólo evocación y recuerdo, sino conciencia histórica de lo permanente, de lo que dura a pesar del tiempo y de los cambios. La solidaridad de las naciones, la unidad sustantiva de una nación están dadas por esta memoria reflexiva, consciente, íntima, que une y que religa, que pone ese “enlace místico” de todas las horas.*

El drama de los argentinos es la pérdida de la memoria histórica, la ruptura del enlace del tiempo, la incapacidad de hacer consciente que somos una unidad e identidad nacionales.

El liberalismo nos borró la memoria y obnubiló la conciencia de nuestra identidad. En lugar de la memoria reflexiva, nos abrumó con “memoraciones” vacías y huecas de un pasado falsificado para mayores males. Porque el haber adulterado la historia es algo así como habernos anulado la capacidad de conocernos y reconocernos a nosotros mismos, extrañándonos y perdiéndonos en una constelación de mitos poblada de “prohombres”, de “próceres”, de réprobos y de elegidos...

Así desarraigados, fuera de nuestra memoria común, hemos crecido no como una nación de generaciones solidarias, sino como un conglomerado sin raíz ni en la tierra ni en el tiempo.

Pero la memoria de la Nación no pudo ser destruida. Yace debajo del letargo profundo a la espera de su despertar. *Nuestra política no quiere ser otra cosa que la recuperación impostergable de esa memoria.* Al colocar nuestra hora presente en la línea de unión de las horas

pasadas —las horas gloriosas, fundacionales— vendremos a dar en la conciencia de nuestra unidad y de la unidad de nuestro destino. Al recobrar la memoria como nación recobraremos la voluntad de ser en la dirección que nos señala nuestra identidad.

El Nacionalismo Argentino —frente al liberalismo que es la memoria perdida y al marxismo que es la destrucción de la conciencia personal e histórica— quiere ser la memoria viva, la conciencia acuciante del ser, la trasega del vino añejo —como en la parábola de Inclán— en las ánforas donde esplende la promesa de las vides nuevas.

Notas:

(1) Jordán Bruno Genta: “*Curso de Psicología*”, cuarta edición, Buenos Aires, 1969, pág. 122.

(2) *Ibidem*, pág. 122.

(3) Aristóteles: “*Tratado de la memoria y de la reminiscencia*”, cap. II.

(4) San Agustín: “*Confesiones*”, Libro X, cap. VIII, 12.

(5) *Ibidem*, Libro X, cap. XVII, 26.

## GENTA Y LAS MALVINAS

*El texto que a continuación transcribimos corresponde a las páginas 120-121 del valioso libro de Nicolás Kasanzew, "Malvinas. A sangre y fuego", cuya reedición, notablemente ampliada, acaba de salir en estos días (Buenos Aires, Punto Arte y Reproducciones S.A., 2012, 318 págs.). Remitimos a la lectura completa de esta obra, que el lector sabrá aprovechar y discernir. Agradecemos vivamente a su autor este testimonio discipular que ha sabido dar, del común maestro muerto martirialmente en 1974. Y celebramos que estas páginas, que a renglón siguiente se reproducen, echen definitivamente por tierra, la negación vil del "Factor Genta" en Malvinas, que hace unos años osó esgrimir uno de los tantos escribas canallas de la prensa marxista.*

¿De qué fragua habían salido estos asombrosos guerreros? [los pilotos de la Fuerza Aérea que pelearon en la Guerra de Malvinas].

En un libro editado por el diario británico "Sunday Times", llamado "The Falklands War" (London, 1982) traducido al castellano como "Una cara de la moneda", se habló por primera vez del "factor Genta" en la guerra de Malvinas, término acuñado en los papers de la Inteligencia inglesa. De acuerdo con sus autores, P. Eddy, M. Linklater y otros periodistas ingleses, en la década del '60 la prédica nacionalista del filósofo argentino Jordán Bruno Genta inspiró a los futuros halcones, egresados de la Escuela de Aviación Militar de Córdoba, y se tradujo en las proezas alcanzadas por éstos durante la guerra del 82 [...]

Le pregunté a varios pilotos de la Fuerza Aérea que pelearon en Malvinas qué sabían de Genta. Aunque no todos lo habían conocido personalmente, la mayoría reconocía la influencia que había ejercido en la Escuela de Aviación Militar; particularmente a través de los instructores, según me puntualizó el comodoro Roberto Mela.

El primer teniente Carlos Eduardo Cachón, quien infligiera un devastador golpe al enemigo, en lo que entró en la Historia como "el día más negro de la flota británica", me escribió: "Al profesor Genta no tuve el gusto de conocerlo, pero sus libros eran el soporte de nuestra formación doctrinaria".

"Tengo todos sus libros", me comentó Pablo Carballo. Y Aguirre Faget subrayaba: "Soy consciente de que marcó muchas buenas voluntades en la Escuela de Aviación Militar, instructores y alumnos. Estoy seguro de ello; nadie puede decir que no lo leyó o estudió".

Roberto Vila, Jefe del Escuadrón Pucará en Malvinas, me aseveró: "Era muy leído y respetado en la Escuela de Aviación Militar durante nuestra carrera (al menos en mis años, entre el '66 y el '70), sus libros eran lectura normal, más allá de las inherentes al programa de estudio, porque realmente y aunque no lo creas, nosotros vivíamos estudiando, y pasábamos más horas entre los libros de lo que cualquiera pueda imaginar".

A juicio de Rubén Moro, "su conducta —no simplemente su pensamiento— lo hacían mentor del nacionalismo católico, una de las formas doctrinales que hubiesen evitado que nuestro país cayera en la decadencia y crisis espiritual actual".

Por su parte, Hernán Daguerre me dijo: "A Jordán Bruno Genta lo leíamos en nuestra época de cadetes (1966/1969). En particular, usábamos su libro Guerra contrarrevolucionaria, que era como la Biblia para los cadetes".

Finalmente, el "Poncho" Donadille me contaba: "En mis épocas de cadete de la Escuela de Aviación Militar, era una total referencia de lectura de muchos de nosotros, por su filosofía nacionalista y cristiana. Cuando tenían oportunidad, pares míos concurrían a la casa de Genta en Buenos Aires (durante las licencias y generalmente aquellos que residían en la capital) para escuchar sus reflexiones; no fue mi caso, pues yo vivía en Córdoba".

(Vale agregar que otro destacado combatiente, Aldo Rico, jefe de la Compañía de Comandos 602, también fue discípulo del profesor Genta. Sin embargo, en la posguerra se olvidó por entero de sus enseñanzas, abjuró del nacionalismo y se dedicó a hacer carrera política y dinero).

Muchos de los discípulos de Genta, todavía siendo adolescentes, ya mostraban la fibra que luego los convertiría en héroes. Cuando el gobierno del Proceso nombró un mandamás liberal en la Escuela de Aviación Militar, quien prohibió las misas diarias, el rezo del rosario y trató de erradicar las posturas nacionalistas, los cadetes le opusieron una férrea resistencia.

José Daniel Vázquez, por ejemplo, quien luego moriría atacando al portaaviones Invencible, seguía haciendo marchar a los cadetes de los cursos inferiores entonando *Cara al Sol*, la canción de los nacionalistas en la Guerra Civil Española, a pesar de los numerosos días de arresto que una y otra vez se le aplicaban por esa causa. Otro futuro halcón, Eduardo de Ibáñez, caído al atacar a los ingleses con su bombardero Canberra el 1º de mayo, encabezaba el rezo del rosario de los cadetes, en horarios de descanso, y no interrumpía la plegaria al ser notificado por su superior liberal de que tenía, vez tras vez, diez días de arresto.

En la guerra de las Malvinas, la Argentina descubrió una raza de héroes: sus pilotos de combate. Disparan hasta el último proyectil, y no se rinden sino a su novia, la muerte. Y el beso de gloria que esa novia les dio a los "cazadores", no sólo fue útil para exacerbar el valor individual de todos mientras duró la guerra, sino que también hubiera debido servir para tonificar la mentalidad general del país.

Porque históricamente un hecho heroico siempre fue fermento, algo cuya acción se prolonga en el tiempo y no se desgasta jamás. Sin consumirse, obra, transforma la materia y la transforma hasta el infinito. Queda para siempre ese ejemplo de estatura homérica que dieron los pilotos.

Nicolás Kasanzew

## SEGUNDA PARTE: JORDÁN BRUNO GENTA

### RELIGIÓN, PATRIA Y FAMILIA

#### Señoras y señores:

Sean mis primeras palabras para agradecer el generoso testimonio de mi antiguo alumno y leal amigo, el escribano Pedro Alberto Millán.

Acepto sus expresiones, a pesar de la hipérbole evidente, en cuanto ellas me recuerdan un compromiso de vida; la obligación de no defraudar jamás esa entrega confiada de los alumnos a mi cátedra de filosofía. Claro está que a lo largo de 25 años de enseñanza pública y privada, he cuidado con la más extrema solicitud de no caer jamás bajo la sentencia lapidaria de Pelliz, que dice: *“La filosofía no da la clase de filosofía”*.

Ocorre con frecuencia, con demasiada frecuencia, que lo que el profesor exhibe ante sus alumnos en la clase es el cadáver de la filosofía. Es un esquema rígido y vacío de ese pensamiento vivo y colmado, de esa búsqueda apasionada y ardiente de la verdad total, de la verdad entera, que es la filosofía; y lo que es más grave todavía: el profesor, más atento a su carrera que a su misión, cuando enseña las definiciones y las verdades esenciales, evita cuidadosamente proyectar su luz, su divina luz, sobre las cuestiones perentorias, apremiantes y candentes de la existencia, esas cuestiones que están planteadas a nuestra responsabilidad de católicos, de argentinos y de padres de nuestros hijos.

En el comienzo de la filosofía de Occidente, Sócrates, que fue el primero de los filósofos porque descubrió el concepto y la definición, porque desprendió la inteligencia de la sensación y la elevó a la altura de las esencias incorruptibles, que fue filósofo y profesor de filosofía, sufrió la persecución e incluso la muerte por una condena injusta, antes que renunciar a su misión docente, a la misión del filósofo.

Mi cátedra es mi palabra, y también es mi vida. Mi palabra me compromete a mí solo: yo no hablo respaldado por ninguna institución, ni por ninguna fuerza. No tengo otro compromiso más que la verdad, y me debo enteramente a ella. Por eso le pido a Dios que ayude mi debilidad para ser fiel hasta la muerte a esos comienzos egregios de la filosofía occidental. Vamos a ocuparnos de la religión, de la patria y de la familia. Tres principios de vida verdadera, íntegra y plena; tres causas íntimamente próximas en el desarrollo, en la formación y actuación de la persona humana; tres instituciones necesarias e imprescindibles para que el hombre pueda existir en conformidad con su ser y con el fin último de su existencia. Estas instituciones son tan principales porque ellas nos vinculan al origen y, además, nos otorgan la dignidad de un nombre. La religión, nuestra santa religión Católica, Apostólica y Romana, nos vincula al origen de nuestro ser y de nuestra existencia. Al Principio que nos ha creado y que nos ha recreado, y que nos identifica con el nombre de cristianos.

La patria nos vincula a nuestros orígenes históricos y nos identifica con el nombre de argentinos. Y queda el que ocurre con el hombre, cuando es privado de la religión, de la patria y de la familia? Se queda en la miseria y se convierte en un paria sin nombre, en un desheredado, en un despojado, en un hijo de nadie y de nada, en una pobre bestia acosada por la arbitrariedad y por el terror, humillada y sometida a la esclavitud más pavorosa.

Se cumple así lo que dice el salmo de David: *“El hombre creado en tanta grandeza, no lo comprendió así, se inclinó sobre el estúpido jumento y se hizo semejante a él”*.

Y éste es el espectáculo que se está desarrollando ante nuestros ojos, tanto en el escenario del mundo, como en nuestra tierra. Desde hace dos siglos se está realizando la revolución del liberalismo, la revolución de los modernos y el principio de esa revolución es la negación de la religión, de la patria y de la familia.

Esa revolución liberal ha ido sustituyendo a la religión de Cristo y de su Iglesia Católica por la falsa religión civil de la democracia; ha ido sustituyendo la patria y su soberanía, la soberanía nacional, por la soberanía popular; y ha ido sustituyendo el amor al prójimo, por esa vaga y difusa filantropía que es la fraternidad universal.

Y ha ido aconteciendo que la vida de las almas y de las naciones de Occidente se ha ido descomponiendo, subvirtiéndose y desintegrando moral y materialmente.

¿Cuál es el principio que inspira esta revolución? Es el judaísmo. El judaísmo es la idea negadora de Cristo. Judaísmo significa odio infinito a Cristo y la voluntad satánica de destruir todo lo que lleva su santo Nombre sobre la tierra. Y el judaísmo opera por medio de dos instrumentos: un instrumento ideológico que es la masonería internacional, cuya sustancia es el laicismo, y un instrumento económico y financiero, que es la plutocracia internacional. Y la acción destructora de estas fuerzas va entregando las naciones al comunismo.

Por esto es que todo anticomunismo que se limite a combatir la última consecuencia del liberalismo, que es la esclavitud comunista, termina siempre colaborando con el comunismo: porque no se trata solamente de combatir los últimos efectos, sino de combatir todo aquello que conduce a esos resultados.

Y no queda otra salida, no queda otra solución, para este hombre y para esta ciudad, que va siendo devastada, que retornar a los principios que le dieron el ser, que hacerse fuerte en la religión de Cristo, que hacerse fuerte en la patria y en su historia verdadera, y que hacerse fuerte en la familia cristiana. No hay otra alternativa: por el camino que llevamos, así como ya la mitad del mundo está sometida a la más horrenda esclavitud, la otra mitad está siendo preparada para el mismo fin. Por esto es que voy a demorarme en un examen de la religión, de la patria y de la familia.

La religión es una institución divina, la patria y la familia son instituciones humanas, pero santificadas por la religión. La religión, la patria y la familia son formas de relación intrínsecamente análogas. Las tres instituciones están referidas a la idea de

paternidad y su correlativa y subordinada: la filiación. Se trata en todas las cosas, de una relación de padre a hijo. La religión nos constituye en hijos del Padre nuestro que está en los cielos. La patria nos constituye en hijos de aquellos que fueron los fundadores de la nacionalidad, de aquellos que fueron capaces de asumir la responsabilidad de una soberanía política y de un destino histórico, y la familia es, naturalmente, la relación entre los padres y los hijos. ¿Y cuál es la esencia de esta relación de paternidad? El hijo procede siempre, por razón de generación, de su padre, y lo que engendra el padre es una semejanza de sí mismo. Y esta semejanza entre el padre y el hijo es el principio del amor, por aquello que nos enseña Platón: “*lo igual busca lo igual; lo semejante prefiere lo semejante*”.

En la idea de paternidad está implicada la idea de autoridad, por eso toda autoridad tiene siempre un carácter paternal, y en la idea de filiación está implicada la obediencia, la filial obediencia.

Y el modelo, el modelo supremo de esa autoridad y su carácter, es la de Dios Nuestro Señor, y su autoridad es una autoridad justiciera y misericordiosa; por eso, todas las demás autoridades, todas las autoridades humanas, que son un reflejo de la autoridad de Dios, tienen como característica, cuando son auténticas y legítimas, el ser firmes y deferentes, duras y tiernas a la vez. En el único caso que no se da esta relación de autoridad y de obediencia es en la relación entre el Padre y el Hijo, en la procesión de las Personas Divinas, porque aquí la semejanza es perfecta, es la identidad absoluta del Padre y del Hijo y por eso la segunda Persona, el Verbo de Dios, es la identidad misma del Padre. Es como dice San Agustín: “la divina sabiduría engendrada”. Y de esa perfecta generación, del Padre y del Hijo, surge y emana de ambos el perfecto amor. En Dios, el sujeto del amor es el mismo Dios.

El Verbo de Dios es todo lo que Dios es. Dice enteramente, es la voz plena y total de toda la esencia de Dios, de toda la esencia del Padre, Verdad de Dios, Dios de Dios. Y el Verbo, no solamente dice lo que Dios es, sino todo lo que depende de Dios, sólo que, cuando la voz de Dios nombra las creaturas, las crea, las hace surgir de la nada, porque todas las cosas son creaturas de los nombres, son creaturas del nombre de Dios y por eso la divina generación tiene su analogado más próximo, no en la generación carnal (porque la generación carnal es común al hombre y a los animales irracionales), sino que su analogado más próximo es la generación del pensamiento. Es el pensamiento cuando forma en su interior un contexto, una definición de las cosas.

Cuando nosotros pensamos, comprendemos, entendemos alguna cosa, engendramos en nuestro pensamiento un verbo interior, que es una semejanza de la cosa conocida. Y en el acto de conocerla y de comprenderla, son una misma cosa, el sujeto que entiende y la cosa entendida.

Por eso el alma inteligente del hombre, a medida que progresa y que crece en la concepción y en el conocimiento y en la verdad de todas las esencias existentes, va siendo creadora, y por eso cuando somos en la verdad y hablamos de las cosas y las decimos con verdad, es como si las creásemos. Es como una semejanza remota del acto creador de Dios. Nombra una cosa, la dice, la conoce y esa cosa se constituye en la existencia de la nada. Y nuestra mente, hecha a su imagen y semejanza, conoce las cosas porque ya son, porque Dios las ha creado, en un verbo que engendra su mente y así, en una gota de alma inteligente cabe el universo entero. ¿Qué es el pecado? ¿Qué es el pecado original? Es justamente la voluntad de la creatura, que en lugar de preferir lo mejor, de preferir a Dios, se prefirió a sí misma. ¿Y cuál fue la consecuencia del pecado? Que la creatura, hecha a imagen y semejanza de su Creador, se precipitó en la región de la desemejanza. Entonces Dios, en su infinita misericordia, envió a su Hijo y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y padeció por los hombres y asumió los pecados de los hombres y los rescató con su muerte vil en la cruz.

Y todavía no lo dejó al hombre: continuó siempre y continúa peregrinando junto a él, en esa Iglesia fundada por Él, que es la prolongación de la encarnación en el tiempo, y sigue sustentando y sosteniendo al hombre con su propia carne y su propia sangre, en el Pan Eucarístico.

Y el Verbo de Dios, que como Dios es el igual al Padre, como hombre es inferior al Padre y el obediente del Padre, como reitera comúnmente el Evangelio.

¿Y qué es la patria? La patria es también una idea, es una concepción de la mente. Es la idea, es el pensamiento que concibieron los fundadores, los patricios y los que realizaron esa idea y la constituyeron en una soberanía, porque la patria ingresa realmente en la existencia cuando la idea se constituye en poder, en capacidad para asumir una responsabilidad política, para realizar una empresa común, a lo largo de generaciones solidarias en el mismo destino y en la misma responsabilidad. La patria es la historia de la patria. La patria tiene como sustancia a la historia, tiene como sustancia la permanencia de esa concepción, la semejanza de esa idea fundadora.

Por eso, cuando nos falsifican la historia, nos estafan la patria. Y esto es lo que nos ha ocurrido, lo que nos está ocurriendo a nosotros.

Hay un hecho, hay un acontecimiento, el primero de nuestro tiempo histórico, que el revisionismo todavía no ha encarado suficientemente. Me refiero a la revolución de mayo. La revolución de mayo es el acontecimiento donde se inicia la patria de los argentinos en el tiempo. Y se comprende, que de la interpretación de lo que, haya sido, en la concepción de los realizadores, este acontecimiento, depende todo el destino de nuestra patria. Y ese acontecimiento ha sido sustituido en su realidad, por una ficción creada por la masonería, cuando en Caseros triunfó políticamente hasta el día de hoy.

La revolución liberal, repito, triunfó en Caseros, y lo primero que hizo fue erigir, sancionar, una constitución esencialmente liberal, que si bien reconoce e incorpora algunas prescripciones que proceden de la tradición católica, no hacen a la esencia misma de la constitución.

Y sobre la base de ese estatuto, fundamentalmente liberal, se han ido consumado todas las destituciones de esos principios, de esas verdades esenciales que son el fundamento de una vida noble y decorosa de los hombres y de las naciones. Y después de la constitución, se procedió a la falsificación de la historia argentina, sobre todo en el hecho inicial de la misma. Esa fue la tarea de los masones Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López. Si bien es cierto que Bartolomé Mitre, en la hora de la muerte, abjuró de la masonería y se reconcilió con la Iglesia Católica, cuando escribió su historia de San Martín y su historia de Belgrano, era un grado 33 de la masonería.

Y esa falsa interpretación de la revolución de mayo ha durado y dura hasta el día de hoy.

La revolución de mayo fue un acontecimiento esencial y estrictamente militar, y el protagonista, el realizador de esa revolución y de su idea fue el Comandante de Patricios Cornelio Saavedra.

¿Cuál fue la concepción de la revolución de mayo? Lo dice la misma Junta, en la proclama del 29, suscripta por todos sus miembros, en

cuya primera parte se agradece a los cuerpos militares de Buenos Aires la decisión de asumir la responsabilidad del gobierno. Y se dice más todavía: se dice que, habiendo caducado la autoridad monárquica en la metrópoli, por haber caído en manos del invasor napoleónico y haber sido instaurado allí un rey extranjero y hereje, estas provincias españolas del Río de la Plata no tenían sino dos caminos: o someterse al nuevo poder o asumir la responsabilidad de la propia conducción. Y ocurrió entonces lo mismo que en 1806 y 1807, cuando todas las gentes se levantaron para rechazar al inglés, invasor y hereje y también los ejércitos de Napoleón tenían como bandera la herejía del liberalismo, y eran además una fuerza extranjera. La revolución de mayo fue, pues, una reacción política de aquellos que se sintieron capaces de asumir la responsabilidad de un destino, de asumir la responsabilidad de una soberanía y de un señorío político. ¿Con qué derecho? Con el derecho que significa la capacidad para ejercer.

Este fue el significado de mayo, pero cuando se instituyó la Junta, en ella fue incluido como secretario el Dr. Mariano Moreno, masón y abogado de los comerciantes ingleses en el Río de la Plata. Él, que no había tenido absolutamente nada que ver con la revolución de mayo, y que desde el día 22 al día 25 había permanecido escondido, tanto que hubo que buscarlo por todas partes, porque había sido incluido en la Junta y no daban con él. Pasó entonces algo semejante a lo que ocurrió con la revolución del 16 de septiembre.

La revolución del 16 de septiembre fue también una revolución militar y católica, y ocurrió que cuando el General Lonardi llegó a Buenos Aires apareció en el puesto clave del ministerio el Dr. Eduardo Busso, que nada había tenido que ver con la revolución. Y en la misma forma que Moreno era abogado de los comerciantes ingleses del Río de la Plata, el Dr. Busso era el abogado de la Banca Loeb, que ha firmado la concesión más inicua con nuestro gobierno. A pesar de lo que me enseñaban en la Facultad de Filosofía, donde los profesores repetían siempre que la historia no se repite, si hay algo que se repite constantemente, eso es la historia.

Nuestro Señor Jesucristo nos ha enseñado un método infalible para descubrir, para apreciar, para estimar el verdadero significado de los frutos, y es simplemente del árbol que da los frutos. Es que por los frutos se conoce al árbol, y nosotros vamos a reconocer siempre, por los frutos podridos, la presencia de la masonería.

La prueba de lo que estoy diciendo es la siguiente: cuando salieron los ejércitos libertadores hacia el interior de la patria, Mariano Moreno incorporó en ellos a los que hoy se podrían llamar “comisarios políticos”, del tipo de Castelli y de Monteagudo. Estos hombres le dieron un significado a esos ejércitos, que era la negación misma de la revolución de mayo. Levantaron la bandera de la irreligiosidad, la bandera del laicismo jacobino y por eso en todas partes encontraron una resistencia tremenda y así perdimos el Paraguay y perdimos las provincias del Alto Perú.

Manuel Belgrano, ese hombre tan puro y tan pleno, católico y mariano, que vivió esa tremenda experiencia, la escribía a su sucesor, el general San Martín, cuando se hizo cargo de los ejércitos del norte y después, de la formación del ejército de los Andes, le escribió estas palabras que debieran grabarse de modo indeleble en las almas, principalmente en las de nuestros soldados: “*Conserve la bandera que le dejé, que la enarbole cuando todo el ejército esté formado, e invoque a Nuestra Señora del Carmen como Generala y no se olvide de los escapularios para la tropa. Acuértese que usted es un general cristiano, apostólico y romano y que no debe permitir, ni siquiera en las conversaciones más triviales, que se falte el respeto a todo lo que hace a nuestra santa religión*”.

¿Por qué le hacía esta amonestación, esta advertencia? ¿Por qué le daba este mensaje apremiante? Justamente para evitar lo que había estado aconteciendo hasta ese momento, por la interferencia masónica en la revolución de mayo. Y San Martín cumplió, como debieran y deben cumplir mientras exista nuestra patria, los continuadores de los Cuerpos Militares que la fundaron.

¿Cuáles son los acontecimientos históricos que continúan el verdadero pensamiento de mayo? Son justamente esos acontecimientos que culminan en los veinte años del gobierno de Rosas.

Rosas fue el continuador, el heredero, el hijo fiel. Él realizó con la misma bandera de la revolución de mayo, que es esa que Belgrano nos ha legado, la unidad nacional, y consolidó la soberanía a una altura que jamás tuvo después nuestra patria. Y no lo digo yo; el testigo que voy a nombrar es el más autorizado que puede hablar en la Argentina: me refiero al general San Martín. Si leemos la correspondencia que mantuvo con el Brigadier General Don Juan Manuel de Rosas desde el año 1838 a 1850, veremos reiterar allí la admiración y el agradecimiento a Rosas por su defensa de la soberanía de la patria, y todavía hizo más: en su testamento le legó su sable de libertador de América. Ningún argentino, ni antes, ni ahora, ni nunca, podrá ser acreedor a un honor tan grande como ese.

¿Entonces, qué representa Caseros? Caseros representa la negación de mayo, la contradicción de mayo: porque Caseros es el triunfo de la masonería y del liberalismo en la política argentina.

Todos nosotros hemos sido testigos de acontecimientos pavorosos. Un general del Ejército Argentino y presidente de la nación, Perón, hizo un día quemar la bandera de la patria, como una estratagema, para culpar a los católicos de este horrendo crimen, y cinco días después el Comandante en Jefe de las fuerzas de tierra, mar y aire hacía patrullar las calles de Buenos Aires y proteger a los incendiarios y a los sacrílegos y a los devastadores de los templos de nuestra fe, que son a la vez monumentos de la patria. ¿Cómo ha podido ser eso? ¿Cómo puede ser que, todavía hoy, si ese personaje se presentara como candidato, tendría los sufragios de la mayoría de los argentinos? Cosa pavorosa, cuya responsabilidad no está toda entera en estos hombres que fueron capaces de tamañas infidelidades, traiciones y claudicaciones.

Para que pudiéramos llegar a esto, para que pudiéramos llegar a este menosprecio y a esta burla del consejo que Belgrano le dio a San Martín, tenía que haber ocurrido algo tremendo en el país, y esa fue la obra de la masonería. ¿Y cómo no va a ocurrir esta cosa pavorosa que ha sucedido y que le hizo decir al masón Winston Churchill, “Es la primera vez en la historia universal que un general hace quemar su bandera y que un católico hace quemar sus templos”? Después de la constitución nacional de 1853, después de la falsificación de la historia argentina iniciada por Bartolomé Mitre y Vicente

Fidel López, vino el tercer episodio de la traición liberal y masónica, y fue entonces, en el '80, cuando se consumó la destitución. Cristo fue la familia y de la escuela, y se implantó el quiniense escolar y el matrimonio civil, como precedente de lo que ma a venir después, en el tiempo de Perón: la indiscriminación de los hijos y el divorcio.

Sarmiento, en el '80, era Gran Maestre de la masonería argentina. Sarmiento, entonces, había sido todo lo que se puede ser en la patria:

embajador, gobernador, presidente, senador. Lo había sido todo, y Sarmiento en el mismo momento en que presidió la agresión a Cristo en la escuela y en la familia argentina, escribió la página que les voy a leer, y ustedes verán aquí como es verdad lo que dice la declaración de la Asamblea Plenaria del Episcopado Argentino: “*Lo católico es el origen, la esencia y la raíz del ser argentino y todo lo que atenta contra la religión, atenta también contra la patria*”.

Sarmiento, renegado de la religión de sus mayores, perseguidor de Cristo, el más grande mentiroso que ha tenido nuestra historia, fue también un renegado de su patria.

En “*Conflictos y armonías de las razas en América*”, libro aparecido en el año 1881, escribió estas líneas, en el capítulo VII, página 258, a la cual les ruego que presten atención.

Se refiere a las invasiones inglesas y a la ocupación transitoria de la ciudad de Montevideo por los ingleses, y dice: “*Y trece números de un diario que publicaron en inglés en Montevideo, excelente por las ideas, de mucho auxilio por los avisos y lo abundoso en noticias, dejan sospechar que se habrían anticipado bajo el dominio británico, en cincuenta años los beneficios de la civilización inglesa, las ventajas del comercio y de seguro, el privilegio de tener asambleas efectivas, revestidas con las facultades de ponerse sus contribuciones y todas las demás franquicias de un pueblo libre; pues no es fácil explicar, porque no nos habrían concedido lo que tienen de suyo el Dominio del Canadá, El Cabo y los prósperos estados de Australia, cuyos parlamentos son reales y verdaderos. Habríanse cumplido así, una buena porción de nuestra historia y entre sus páginas inútiles, la salvaje y ensangrentada que se sucede a la disolución del Congreso de 1826, hasta el 3 de febrero de 1852*”.

¿Cómo puede... un argentino? ¿Cómo puede un argentino haber escrito esto? Un argentino que lo fue todo en la patria. ¿Cómo puede decir que se habrían anticipado en 50 años los beneficios de la civilización inglesa? El tiempo heroico de nuestra patria, el tiempo de la guerra de la independencia y de las guerras civiles, porque nuestra patria no nació de un contrato ante escribano público: nació de la guerra y del sacrificio de las generaciones.

Y fíjense ustedes. El mismo que reniega de su religión, es un renegado de su patria. Y preguntémosnos, porque la verdad hay que decir la toda, ¿cómo puede ser el modelo del ciudadano argentino? ¿Cómo puede ser el arquetipo de la nacionalidad? ¿Cómo puede ser el educador argentino? Un hombre que ha escrito esta página en la plenitud de su vida; que ha lamentado la historia de su patria, es decir, que ha lamentado la existencia misma de su patria. Esto no se explica.

Lo que ha pasado delante de nuestros ojos, lo que puede volver a pasar, porque las generaciones argentinas han sido formadas, esas generaciones procedentes del aluvión inmigratorio, del cual en primera, en segunda o tercera generación, procedemos la mayoría de los argentinos. Ellos fueron educados en la escuela de Sarmiento y en la universidad bolchevizada de la reforma. Y lógicamente, de ese árbol tenían que venir estos frutos.

La familia. La familia no es solamente el lugar de la generación carnal; eso lo tiene el hombre en común con los animales. Hay algo más importante todavía, que hace imprescindible la familia, y es la crianza y la educación de los hijos, porque solamente en el seno de la familia, solamente los padres son los que pueden, los únicos capaces de consagrarse con solicitud plena, con la ternura más cuidadosa al cuidado de la individualidad de cada uno de sus hijos. Cuando luego se pasa a la escuela, la educación necesariamente se hace general, se hace común. No puede estar atenta a la idiosincrasia, a la modalidad, a la peculiaridad, a la singularidad de cada persona.

La familia es distinta. Si los hijos ya no son hijos de sus padres, porque resulta que a lo mejor visitan a su madre en una casa, donde ella vive con otro hombre que no es su padre y visitan a su padre en otro lugar, donde vive con una mujer que no es su madre, yo pregunto: ¿de quién son los hijos? ¿Cuál es la situación en que ellos quedan? Son hijos de nada y de nadie. ¿Quién podrá cuidar su alma? ¿Quién podrá cuidar su persona? ¿Y quién podrá sustituir a esos padres que no tienen?

Hemos discurrido acerca de lo que representa la verdadera religión de Cristo, acerca de lo que representa una patria en soberanía, conocida y amada en su historia verdadera, porque la patria es la historia de la patria, hemos hablado sumariamente de lo que es la familia y el sentido de paternidad, y hemos visto que la misión conjunta y jerarquizada de estas tres instituciones primordiales es asegurar, es mantener sobre la tierra la imagen y la semejanza de Dios, que ha de ser el hombre y la ciudad levantada por el hombre. Nos hemos referido, también, a lo que significa que le arriban a uno la religión, que le arriban la patria, falsificándole la historia y que le arriban la familia, destruyéndola con la indiscriminación de los hijos y con el divorcio vincular.

Todo esto está consumado en la patria, está consumado en el estado de derecho; no está consumado en la Argentina real, todavía, pero esa es la Argentina oficial, ese es el estado de derecho.

Se han ido sancionando, se han ido convirtiendo en ley, se han ido convirtiendo en legalidad, todas estas traiciones, todas estas claudicaciones. Y entonces, ¿cómo no se va a consumir ante nuestros ojos, la entrega de nuestro patrimonio material, esta entrega del subsuelo, estas concesiones inicuas y las que todavía quedan por consumarse? Se pueden realizar así: impúdica e impunemente, por toda esta obra devastadora que se ha venido cumpliendo a lo largo de las generaciones.

Entonces, ¿qué queda por hacer? ¿Qué se puede hacer? Por el camino que llevamos, somos arrastrados irrevocablemente hacia la esclavitud comunista. La única salida es una reacción extrema, total, absoluta, que comporte el retorno a esos principios que nos dieron el ser.

Por eso, la política católica, nacionalista y jerárquica, la restauración de todas las cosas de la patria y de la patria misma en Cristo, ésa es la definición de mi cátedra. A los que me escuchan y en primer término a mis propios hijos, tan amados y a mis queridos alumnos combatientes, les digo: esta es la más alta y pura razón de vida, para consagrarme la vida entera.

Y si Dios dispone que nos espere o nos encuentre la muerte en la lucha, recordemos que igual tenemos que morir, y lo que nos enseña el Filósofo: vale más vivir un solo año para un fin elevado, que arrastrar una larga vida vanamente.

Finalmente, ¿qué cosa mejor nos puede acontecer, que ir al encuentro de Dios en la eternidad, a través de una buena muerte, abrazados a la bandera que Belgrano nos legó y con la mirada puesta en esa gran cruz alzada sobre todas las naciones?

**Profesor Jordán Bruno Genta**

ASESINADO POR LA GUERRILLA MARXISTA EN UN DÍA COMO HOY  
(Conferencia pronunciada en el Colegio Lasalle,  
el 20 de abril de 1959)

## SOCIOLOGÍA ANTIMILITAR EN EL COLEGIO MILITAR

La Sociología y Psicología son dos carreras universitarias que están de moda. Sociólogos y psicólogos se producen en serie y se introducen de inmediato en todas partes para conducir a las almas y orientar la convivencia.

Ambas disciplinas se encaran desde un punto de vista empírico, positivista, experimental, como ciencia de fenómenos; esto es, sin consideración alguna de la naturaleza del hombre y del fin de su existencia. Se prescinde pues de la Religión y de la Metafísica, de todo juicio de valor y de fin, como si se tratara del estudio de los fenómenos físicos.

Claro está que dicha pretendida neutralidad religiosa y moral en aras de la objetividad científica, no excluye realmente ni el supuesto religioso ni el metafísico. Por el contrario, se parte de la irreligiosidad y de una pseudometafísica materialista; se niega la presencia de lo religioso y de lo metafísico en los fenómenos sociales tanto como en los fenómenos psíquicos.

El Gral. Benjamín Rattenbach se ha ajustado a este criterio empírico y positivista al redactar un manual titulado *El sector militar de la sociedad*, que se usa oficialmente en el Colegio Militar de la Nación.

No puede ser más pobre, ni más vulgar, ni más desmoralizadora la idea que pueden formarse de la institución militar, los futuros oficiales a través de las páginas de este libro. El autor describe las características comunes de las Fuerzas Militares con la misma indiferencia de un botánico al describir y clasificar las raíces, tallos u hojas. De ahí su aclaración inicial sobre el criterio científico que sigue en su estudio: la sociología *"es una de las ciencias sociales que busca mediante procedimientos empíricos el conocimiento de la sociedad humana. Se puede decir que la sociología militar, es una ciencia social empírica que persigue sólo el conocimiento"*(p. 24).

Lo que no dice el Gral. Rattenbach es qué clase de conocimiento y qué valor tiene para el futuro oficial. No dice que se trata de un conocimiento superficial, superfluo y de valor negativo, porque deja de lado la cualidad moral, el sentido interior, la característica distintiva esencial que acusan los fenómenos sociales. Y por esta grave omisión, el examen se limita a las características comunes, materiales y externas, que por sí solas, hacen que se confunda un acto de coraje heroico con un asesinato alevoso y cobarde, tal como se advierte en el capítulo VI de este increíble manual, donde se tratan *"las contradicciones morales"* que afectan al sector militar (p. 90 y ss).

Es notorio que los fenómenos sociales de matar, espiar, engañar, atacar por la espalda a uno o a muchos semejantes, tengan lugar en la guerra o en lapaz y sean obras de militares en servicio o de pistoleros en atracos, se parecen como una gota de agua a otra, si atendemos únicamente como lo hace el Gral. Rattenbach a las características comunes, superficiales, materiales y externas. Y es así como tan irrisoria comparación se puede aventurar el insólito juicio de los pacifistas cuáqueros o trasnochados.

*"En el sector militar se enseñan y aplican ciertos principios que, indudablemente, representan una contradicción con respecto a los principios morales comunes que rigen en el resto de la sociedad. En primer lugar tenemos la inversión del célebre precepto bíblico 'no matarás' que aquí rige al revés y es objeto así de una recomendación especial. Matar a muchos y en forma rápida ha sido durante siglos y milenios el sumun del arte militar, y aún cuando en la época presente la estrategia militar no busca tanto producir muchas muertes como imponer al adversario la voluntad propia, subsiste en este campo la inversión del precepto moral civil en cuanto al significado del homicidio y la muerte. Más aún, todavía se admira y se consagra como héroe a aquel que logra destruir a muchos adversarios en un acto de arrojo o de temeridad. Un proceso parecido sufre el problema del espionaje"*(p. 99).

El subrayado nos pertenece. Hemos querido destacar ese *"todavía se admira y se consagra, como héroe"* en la pluma de un general argentino y en la formación ética de los cadetes que llevan, uno y otros, la réplica del corvo de San Martín.

Quiere decir que, según el Gral. Rattenbach, llegará tiempo en que el arrojo de San Martín, de Dorrego, de Lavalle, de Lamadrid, dejará de admirarse y de ser consagrado como heroico.

Causa estupor que el Colegio Militar de la Nación, se enseñe a los futuros oficiales de nuestro Ejército que las más altas virtudes militares y guerreras están en contradicción con los principios morales que rigen al resto de la sociedad, como si hubiera una moral civil y una moral militar; como si los principios morales que rigen en el cuartel fueran bárbaros, crueles, el todo está permitido y el fin justifica los medios, frente a los principios civilizados, pacíficos, que mandan obrar el bien y no hacer el mal, por ejemplo, "no matar".

El soldado que mata en la guerra en que se juega el destino de la patria, su soberanía, su honor, no lo hace porque se cree dueño de las otras vidas, ni de la propia, ni movido por odio personal hacia el adversario, ni en procura de su propio interés. Lo hace porque está en juego un bien que vale más que la propia vida temporal y la de los otros, porque el Bien Común es más importante que el bien particular, porque pertenecemos a Dios, a la Patria, a la Familia, y nos debemos a estos principios de vida más que al cuidado de lo que en nosotros es de la muerte; porque sin esos bienes la vida sería peor que la muerte. Hasta el poeta pagano Horacio canta:

*"Por la patria morir es dulce y noble.*

*También la muerte al desator acosa,  
ni perdona a rodilla que se dobla  
ni a espalda que se vuelva temerosa”.*

Y el Padre Castellani, en versos inspirados por el gran Péguy insiste:

*“Dichoso aquel que muere por su casa y su tierra  
pero sin haber hecho dolo ni causa injusta [...]  
Dichoso aquel que muere para que siga indemne  
la vida de un niño, la gloria de un país”.*

Lo que vale para morir, vale igual para matar, porque es la vida que se hace don en uno y otro caso, es la sangre que se derrama inocentemente por una causa justa y solemne.

¿Cómo se puede confundir con el asesinato o con el suicidio, con el que desprecia la vida del otro o la propia? ¿Cómo se puede confundir a un soldado que dispara su ametralladora en defensa de su patria, con un pistolero que dispara su ametralladora en el atraco de un banco?

Son dos fenómenos sociales materialmente parecidos, pero moralmente opuestos en orden al mismo principio supremo de la moral cristiana: *“Ama a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a tí mismo”.*

En principio, el hombre debe respetar la vida de otro hombre, pero en el caso concreto y extremo de la defensa de su Religión, de su Patria, de su casa, de su prójimo, debe matar si es preciso. Y entonces muere y mata por amor.

No hace falta apelar aquí a otros argumentos ante cosa tan notoria; tampoco hace falta insistir en otros temas tratados por el Gral. Rattenbach, para poner en evidencia el espíritu antimilitar y antisanmartiniano de su libro, así como su pluralismo y relativismo éticos.

Es increíble que manuales como *El sector militar de la sociedad* puedan ser escritos por un general, editado por el Círculo Militar, y usados oficialmente en la formación de los jóvenes que se preparan para morir y matar en defensa de la Patria y del Occidente Cristiano.

Si en cualquier época sería un contrasentido manifiesto, en la presente que se caracteriza por la Guerra Revolucionaria, en la que domina el aspecto doctrinario y la subversión social, resulta suicida; una contribución activa al desarme moral de los hombres de armas.

## ARISTÓTELES O EL FILÓSOFO

***No podrá haber Restauración Nacional, sin una tarea continua de rehabilitación de la inteligencia. Para ello, urge presentar a la contemplación de los argentinos la imagen de los verdaderos arquetipos, porque una sociedad es lo que impone que sean sus modelos. Y a nuestra Patria —como heredad del Occidente Cristiano— le corresponden legítimamente los del Mundo Clásico. Tal el caso de Aristóteles. Nuestro homenaje al Filósofo con palabras de Jordán Bruno Genta, que como él, “llenó sus vigiliias de serena sabiduría”.***

Platón, ante el grupo de jóvenes atenienses, habla, piensa, sueña. Todos los que lo escuchan, ardiente la mirada y el corazón ligero, no han nacido en Atenas. Algunos vienen desde las islas del Egeo: en el viaje, fueron diciéndose los versos de Ulises y encontrando en el hexámetro de Homero, un anticipo heroico de la eterna Grecia. Venidos de las tierras lejanas, más allá del mar, al llegar a Atenas, todos son atenienses.

La ciudad los conquista con sus estatuas de una blancura nueva, deslumbrante y atenuada; con la línea sencilla y magnífica de su Partenón; con la belleza radiante y serena, demorada sutilmente sobre todas las cosas. Y por sobre la sugestión de esta belleza que ninguna ciudad poseyó nunca, ésta es la Atenas donde Sócrates ha muerto; donde se repitieron las palabras de Heráclito, oscuras, bellas y falaces; la Atenas de los sofistas de ambiguas enseñanzas que la más rigurosa especulación filosófica iba a desmentir; la ciudad de la sabiduría.

Entre los jóvenes que escuchan a Platón, que se ha puesto a meditar en su teoría de las Ideas y despliega la bellísima imagen de la reminiscencia, hay uno más pensativo que los otros que trata —marino que podrá navegar los más profundos mares—, de no dejarse arrastrar por el canto de las sirenas, probando el agua salobre; mirando las rocas hostiles; la sonrisa de espuma, fugaz y traidora de Anfitrita; el rostro viril del mar.

Este joven se llama Aristóteles. Va a ser humilde y fiel discípulo de Platón, hasta que, elevado a la forma pura del pensamiento, va a penetrar con la más sorprendente capacidad para el análisis de la esencia de las cosas, desdenando las creaciones bellísimas pero inciertas, para mostrar la excelencia suma de la más alta ciencia, de la ciencia que distingue y jerarquiza: la Metafísica.

No hubo poeta embriagado con sus propios sueños, más exaltado que el severo y contenido Aristóteles, creando su sistema; recogiendo la multiplicidad de los seres y las cosas en un cuento único; mostrando los perfiles interiores; señalando la escala ascendente que culmina en el Ser que Es, máxima perfección, motor inmóvil.

Aristóteles no es un soñador; su exaltación es fría y tensa. No es un creador, como el poeta.

Pero él posee la clave secreta de todo lo creado, puesto que sabe el lugar propio de cada cosa y conoce el camino más difícil, el itinerario de la mente humana que conduce a la contemplación de la Verdad.

Liberada de todo lo contingente y perecedero, de la esclavitud de los sentidos, he aquí que la Inteligencia del hombre puede alcanzar su más alta perfección, contemplando, lúcida y plenamente dueña de sí, en el Acto Puro, principio y fin, la suma de todas las perfecciones.

Aristóteles es la pasión de la sabiduría, una pasión sin ardientes transportes porque se pone a sí misma su límite, para no dejarse arrastrar y esclavizarse.

Aristóteles representa el esfuerzo del conocimiento puro y desinteresado; el alerta más severo de la inteligencia que logra ser fiel al propio ser de ella misma; el ascetismo de la sabiduría.

Hace dos mil quinientos años que Aristóteles se impuso a sí mismo la dignidad altísima de ese esfuerzo. Hoy volvemos a sus páginas maestras a recoger la doble enseñanza de su verdad y de su pasión.

La juventud capaz de cumplir un destino vuelve a Aristóteles como se vuelve a los versos de Homero. Porque ella sabe que del progreso sólo puede hablarse en el orden de la técnica, de lo meramente instrumental, pero en el orden de las cosas eternas —el pensamiento, el arte— el progreso no existe y sólo es válido aquello que, nacido en el tiempo perecedero, supo dejar un mensaje para todos los tiempos.

**Jordán Bruno Genta**

## EL SENTIDO CRISTIANO DE LA VIDA

*El Profesor Jordán Bruno Genta es el autor de la conferencia cuyos párrafos más salientes reproducimos a continuación, y fueron pronunciados en la localidad argentina de Rosario, en la Provincia de Santa Fe, en el mes de agosto de 1972.*

*El Profesor Genta fue el formador de más de una generación de hombres de armas que supieron darlo todo, hasta sus vidas, en la guerra contra la subversión marxista que se desató durante la segunda mitad de la década del '70.*

*La palabra esclarecida, valiente y enérgica del Profesor Genta fue una antorcha que iluminó el camino de la Verdad en tiempos donde muchos corren tras las fábulas. Su sangre (que derramara generosamente en aquella mañana del 27 de octubre de 1974, fiesta de Cristo Rey, cuando los subversivos al servicio del comunismo internacional lo asesinaron a la salida de Misa) refrendó, definitiva y virilmente, el testimonio de una vida que podría resumirse en una frase de San Pablo: "Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir ganancia" (Filipenses, I, 21).*

Hoy vamos a hablar de dos programas de vida que tienen una meta, las cuales difieren del uno al otro de un modo tal que son exclusivas y excluyentes entre sí. Uno de los caminos, uno de esos programas de vida está hoy en pleno auge y en pleno desarrollo triunfal en el mundo: es el que se define en el materialismo ateo, o sea los caminos del marxismo.

El otro es el camino del cristianismo, el sentido cristiano de la vida, que humanamente pareciera estar en derrota. Hay un hecho que es evidente. Si el éxito fuera la prueba de la verdad de un sistema, de una concepción del mundo y de la vida, de un programa político, es evidente que el marxismo es el acontecimiento más exitoso de todos los tiempos.

Si uno piensa que el "Manifiesto Comunista" fue publicado a comienzos de 1848, ha pasado apenas un siglo y unos cuarenta años, y en ese tiempo ese manifiesto ha configurado un movimiento ideológico y político que domina la mitad del mundo y que tiene a la otra mitad entre sus garras.

No hay acontecimiento que tenga, digamos así, una extensión mayor que este, dimensiones tan grandes considerado en el plano humano temporal, como el marxismo comunista. El movimiento del comunismo ateo.

Cuando hoy la Iglesia insiste en que el ateísmo es el fenómeno más grave de nuestro tiempo, ese fenómeno está configurado en ese ateísmo sistemático, que es justamente el comunismo, y el comunismo es el éxito, es el triunfo; por eso vemos, inclusive, que hasta en el seno mismo de la Iglesia se suscitan movimientos, como por ejemplo el de los "Sacerdotes para el Tercer Mundo", los cuales de un modo u otro aparecen con una afinidad, con el afán de asimilarse, de conciliar, de encontrar de algún modo la coincidencia con el movimiento marxista.

Que se llame "Socialismo Cristiano" es lo de menos: objetivamente considerado, el socialismo es exactamente lo mismo que el comunismo, porque en política o en la historia no cuentan para nada las intenciones subjetivas de las personas: lo que interesa son las grandes líneas de fuerza. Los grandes movimientos efectivos objetivos que van cumpliendo sus etapas y realizando sus objetivos. Todo el terreno de las ciencias exactas y experimentales, no lo es de ningún modo en el terreno social y político, que es del orden moral. La política es moral o inmoral, pero no puede ser una cosa diferente como una piedra o un fenómeno físico.

Es evidente que en el terreno de las ciencias exactas y experimentales, en el terreno de la técnica y de la industria, el éxito es la prueba de la verdad. Si un cálculo está mal hecho, el experimento no sale, si las condiciones en que ha de realizarse un experimento son equivocadas, el experimento no se realiza, hay que rectificar, hay que revisar de nuevo, hasta llegar al cálculo exacto y a las condiciones experimentales precisas para que se produzca esa transformación en el plano de los fenómenos físicos.

En cambio, en el mundo moral, en el mundo del hombre, en el mundo de la sociedad y de la historia, el error y el mal, la mentira y la falsedad, tienen su eficacia. Obran consecuencias, a veces consecuencias irreparables, tanto para la vida de una persona, como para la vida de una nación, porque aquí el éxito no prueba nada: el éxito simplemente puede ser la consagración de la cosa más inhumana, de la cosa más contraria a la naturaleza misma del ser.

Y la mejor prueba de que es así, es que nosotros, los cristianos, adoramos a un Dios hecho hombre en la figura de la derrota, en la figura de la crucifixión.

Aparece en esa figura como derrotado por el mundo, y no olvidemos ese plebiscito tan ampliamente democrático que se produjo cuando Pilatos, en un esfuerzo supremo, quiso salvar a Cristo y entonces lo presentó a la multitud junto al criminal más conocido, el más perverso de Jerusalén. Lo presentó ante la multitud para que ella decidiera quién debía ser eximido de la crucifixión, y la multitud, sin una sola excepción (pues de lo contrario, estaría reflejada en los Evangelios), pidió la muerte para Jesucristo y la libertad para Barrabás.

Ahí tienen ustedes lo que es el éxito en el plano temporal; por eso, para nosotros los cristianos el resultado de nuestros empeños no cuenta principamente. Cuando somos fieles al testimonio de la verdad y cuando combatimos resueltamente el error, podemos caer, podemos perder y eso no ha de contar para nada en nuestra definición y en nuestras decisiones, porque lo que interesa es el testimonio, y no los resultados, aunque los resultados también cuentan y uno lucha para que esos resultados lleguen, pero pueden no llegar, porque además la historia la hace principalmente Dios, y después de Dios, el diablo; y ahí estamos nosotros, como una apuesta entre las dos acciones que gravitan sobre nosotros, y en las cuales se decide nuestro destino.

Ahora bien, hay algo que es evidente en nuestro tiempo, porque tenemos que considerar que la inteligencia es el principio de todo, incluso la creación. El mundo ha sido creado por la virtud del Verbo, de la Inteligencia Divina, y en el orden humano en la inteligencia comienza todo lo grande y todo lo miserable y ruín. Todo principa en la inteligencia: una revolución o una restauración.

Y nosotros tenemos que considerar que el día de hoy, digamos así, se estudia al hombre a través de las ciencias que configuran la antropología, la psicología, la sociología, la economía, el derecho, la historia: todas estas ciencias se han secularizado totalmente. Se

estudian prescindiendo absolutamente de Dios, sobre todo del Dios vivo, Nuestro Señor Jesucristo, e incluso se considera que no es científico estudiar por ejemplo el alma, como la estudia San Agustín en el *“Tratado de la Santísima Trinidad”*, que es un tratado realista acerca del alma.

¿Cómo estudia el alma San Agustín? La estudia desde Dios, porque el alma, aún para los grandes maestros del pensamiento pagano, como Platón o Aristóteles, el alma humana es un principio inmaterial e inmortal, y además nuestra fe nos enseña que el alma de cada uno de nosotros está hecha a imagen y semejanza de Dios, pues San Agustín estudia el alma del hombre desde Dios, como semejanza, como reflejo, como imagen de Dios.

Estudia las grandes facultades y potencias del alma, como la memoria, la inteligencia y la voluntad en analogía, como semejanza de las Personas Divinas. La memoria fiel, la memoria que es algo así como el testimonio permanente de la verdad que hemos ido atesorando en nosotros, en la experiencia y en el estudio, la memoria fiel es como una especie de reflejo del Padre.

La inteligencia que piensa, que define, que concibe, que dice lo que las cosas son, que llama a las cosas por su nombre, es como una imagen y un reflejo de la persona del Padre y del Hijo y todo el desarrollo del *“Tratado...”*, es desde esa visión. Desde Dios estudia el alma: ¿quién se atrevería, inclusive a hacer ciencia del alma, según este criterio? Estoy hablando de cristianos, no de paganos o de ateos.

Casi toda la psicología que hoy se estudia, incluso en los medios católicos, es zoología pura, porque no se estudia al alma según Dios, la estudian desde el animal. Si la ciencia no es teológica y metafísica, la ciencia del alma necesariamente es zoología pura. Y este punto de vista zoológico de la psicología tiene primacía total.

Sea la psicología, la reflexología, el propio psicoanálisis, la psicología entendida como ciencia experimental, de test, de cuestionario; en general, esa ciencia está encarada para derivar una técnica que maneje las cosas del alma, como la técnica en el orden del mundo físico y material maneja las cosas materiales.

Lo mismo pasa con el estudio de la cosa social y de la cosa política, no se radicalizan los problemas sociales y políticos, reconociéndoles ante todo como problemas religiosos.

Hay algo que es evidente: la presencia del mal en el mundo, las injusticias, las calamidades, las explotaciones del hombre por el hombre, la violencia del hombre hacia el hombre, todas las manifestaciones del mal social, histórico, no se interpretan desde su raíz en el pecado original.

El pecado original ha sido desterrado del campo de la ciencia y de la práctica humana, aún entre los cristianos; y cuando en el siglo XVIII fue sustituido el dogma del pecado original en la conciencia, digamos así, pública y oficial, y eso se ha ido generalizando, a través de las universidades, de las ciencias, de los estudios en el desarrollo de los últimos dos siglos; ese dogma del pecado original fue sustituido por el falso dogma de la inmaculada concepción del hombre.

*“El hombre nace bueno, dice Rousseau, y la sociedad lo corrompe”*. Entonces, ¿cómo se remedia el mal? Arreglando la sociedad, cambiando las estructuras, como se dice ahora. Es un problema de estructuras sociales. Así como todas las estructuras históricas han sido negativas, funestas, distorsionadoras de ese germen inmaculado, de ese ser inmaculado que es cada hombre al nacer, entonces ahora se trata de modificar esas estructuras, de cambiarlas ajustándolas de tal modo que preserven ese germen bueno del hombre.

Y todo el mundo está en eso, inclusive están en eso los hombres que profesan la fe de Cristo. Cuando el problema del mal no es un problema de origen histórico-social, al menos no para un cristiano que sea consecuente con su profesión de fe. El problema del mal no es un origen puramente humano, surgido de las relaciones entre los hombres. El problema del mal no comenzó con el problema entre Caín y Abel: Caín lo mata a Abel por envidia. ¿Adónde está la raíz de esa inclinación perversa, de esa decisión final de destrucción y de muerte? La raíz está en el pecado del hombre a Dios, frente a Dios, contra Dios. El problema del mal tiene una raíz teológica, el problema del mal tiene un origen teológico, es un problema del hombre con Dios.

Y la consecuencia de esa desobediencia del hombre a Dios, de ese haberse quedado el hombre separado de Dios, dividido de Él y a sus espaldas, librado a sí mismo y volcado hacia la nada, justamente todos los males entre los hombres son la consecuencia de este mal original, porque el hombre se vuelve inhumano para con los demás hombres y para consigo mismo, en cuanto él pierde la unidad con Dios.

Entonces: ¿dónde está la solución posible, concreta, real, de los problemas sociales y económicos del mundo? Ante todo en la cuestión religiosa; y la solución de la cuestión religiosa es Cristo, por eso cuando se desterró el dogma del pecado original se empezó a promover con aparato científico, el falso dogma de la inmaculada concepción del hombre.

Cristo fue progresivamente eliminado de las ciencias y de la praxis humana, fue eliminado porque si no hay pecado original, y si ese pecado no es una cuestión suscitada entre el hombre y Dios, aunque haya habido un seductor, aunque ahí esté el padre de la mentira incitando al hombre a la desobediencia y a cambiar las cosas, a cambiar esto, a cambiar el hecho de que si Dios, en los planes de Dios, está la deificación del hombre.

Él es el que santifica al hombre, el que en alguna medida lo diviniza, haciéndolo partícipe de su propia vida divina y finalmente de la visión del mismo Dios en la Gloria. El diablo sugirió al hombre que él, desacatándolo, desconociendo a Dios, podía ser Dios él mismo, deificarse a sí mismo.

Si uno analiza lo que está ocurriendo, es lo que dice Paulo VI: *“El humanismo laico y profano ha aparecido finalmente en toda su horrible dimensión. La religión del Dios que se ha hecho hombre se ha encontrado con la religión del hombre que se hace Dios”*. Que se pretende hacer Dios, que se coloca así en el lugar más avanzado, en la imitación de todo un proceso evolutivo ascendente que llega hasta el punto en él el progreso, la evolución se convierte en algo que él protagoniza, que realiza desde sí mismo, por sí mismo, y que lleva adelante como si él fuera el mismo Dios.

*“En la cumbre del evolucionismo profano —agrega el Papa— el hombre termina por transformarse en Dios. Hoy el hombre busca su propia gloria y no la Gloria de Dios. La negación de Dios, de pura teoría, se está convirtiendo en práctica pura, en mito de las multitudes. El ateísmo racionalista y escolástico se va siguiendo por el ateísmo materialista y social, es decir, por el comunismo ateo. El hombre sin Dios lo puede todo... y acaba por perderse a sí mismo”.*

Como ven, en la psicología que se estudia en cualquier facultad y se encuentra en cualquier tratado, están ausentes el pecado original y el remedio de ese pecado, la consideración de las consecuencias o de los efectos producidos en el hombre, como causa de la Justicia que Dios le aplicó como sanción por su desobediencia y alejamiento.

El debilitamiento, oscurecimiento de la mente, debilitación de la voluntad para obrar el bien aún queriéndolo, la temporalización de la vida del hombre que termina en decrepitud y muerte: toda esta proclividad y mal que hay en nosotros, son consecuencias reales, efectivas. ¿Cómo es posible que una ciencia que estudia el alma no estudie dichas cuestiones y problemas? Hablo de la ciencia profana misma: ¿cómo es posible que prescinda de estas realidades indiscutibles? Como dice Agustín: *“Puedes no aceptar el dogma del pecado original, pero no puedes dejar de reconocer la presencia en ti de la inclinación y la proclividad al mal”.*

Esto es algo evidente, y sin embargo la ciencia del alma desconoce el pecado original, que el alma es imagen de Dios, que el pecado la ha deshecho y que Cristo la rehace en nosotros al unirla de nuevo a Él. Frente a las ciencias sociales y políticas resulta que se prescinde totalmente del pecado original y de sus consecuencias, del significado profundo de las injusticias sociales por las cuales hoy clama el mundo.

Ese problema no cuenta; ¿qué queda de los fenómenos del hombre, sean personales o sociales, si prescinden de las realidades fundamentales, que llevan necesariamente al plano metafísico y al religioso?

Así se explica la mentalidad dominante, especialmente en el campo superior, en el nivel universitario, la mentalidad de los profesionales y de los estudiantes, aún en los institutos católicos: la ciencia del hombre que se enseña no considera al hombre en su realidad, ni al hombre del pecado, ni al hombre redimido. No considera la incidencia de lo divino en lo humano, y ha sustituido la historia santa por una historia puramente exterior y material.

¿Cómo hemos aprendido historia, desde la primaria hasta la universidad? A través de las ciencias, las técnicas y los medios instrumentales de cada época, y el nombre de cada época es el de su técnica, el de sus instrumentos. Las edades se llaman: de piedra, la del paleolítico y del neolítico, y luego la del cobre y del bronce, la del hierro y hoy estamos en la atómica. ¿Cómo no se nombran las edades del hombre según lo que hace a la ciencia y a su fin último?

El alma que forma, que vivifica, que organiza al cuerpo y con él siente, que se mueve con sus impulsos, es capaz de sobrepasarlo con sus actos de pensamiento y de voluntad.

Entonces, esto nos permite comprender el auge y desenvolvimiento de las generaciones que van llegando, este pensamiento zoológico del hombre, su punto de vista zoológico de las ciencias. Así, claro está, Cristo va siendo desterrado hasta por los mismos que lo confiesan.

Recuerdo un congreso realizado en Entre Ríos, organizado por tres Obispos de allí. El que lo dirigía era un dominico llamado Ramblón, que actuaba con un asistente, el profesor Hander. La última conferencia, en un auditorio con más de 500 asistentes, gran parte de los cuales eran religiosos y sacerdotes llegados de toda la provincia, versó sobre los tiempos actuales, con el problema de las rebeldías de los obreros, de la juventud, de la mujer. Y se llegaron a decir cosas como ésta: que recién ahora, recién en este momento, la mujer había tomado conciencia de qué es ser mujer, ya que hasta ahora la mujer había vivido en una especie de oscuridad acerca de su ser, de su misión, de su presencia en este mundo, que había vivido sometida a esquemas y dictámenes procedentes del varón. Lo más asombroso es que esos cientos de religiosos aplaudían frenéticamente. Ellos, que rezan todos los días el Ave María, que invocan todos los días al Modelo, al Arquetipo de mujer, a la excelencia de todo lo femenino, de todo lo delicado, de todo lo distinguido, de toda la aristocracia y el señorío que comporta la mujer, la mujer que es Señora, que es Reina y que es Madre, resulta que recién ahora están aprendiendo lo que significa el ser mujer.

Este es el grado de confusión, el grado de subversión. Cuando vamos desarrollando nuestra conciencia histórica, nacional o universal, los desarrollos son principalmente a través de aquellas actividades del hombre que tienen que ver precisamente con el orden material y temporal de la existencia.

Las edades no se miden por la elevación del hombre o por su degradación, se miden por las ciencias y las técnicas que tienen que ver con el uso de las cosas.

En una época en que son tan extraordinarios los prodigios de la técnica y la organización racional de la producción. ¿acaso habrá ciencia o técnica, habrá máquina o inventos que puedan liberar al hombre del esfuerzo de ser hombre? ¿Acaso el esfuerzo que se necesita para elevarse en la virtud podrá ser realizado por alguna máquina, lo que supone el vencer, doblegar, ordenar todas las pasiones que tienden a dispersarse en nosotros y poder reunir todo eso y empuñarlo para hacerlo servir a la recta razón, a la luz de Dios?

El hombre confunde el ocio que deriva del hecho material y concreto de que una máquina hace las cosas que requerirían muchos esfuerzos y fatigas humanas, y confunde esos esfuerzos con los que le requerirían las disciplinas y exigencias que se reclaman para estructurar una vida conforme a la recta razón.

Así nos vamos aproximando a toda esta falsificación de nuestra perspectiva sobre la vida del hombre y su destino, que va derivando de todas estas ciencias y disciplinas humanas que han dejado de lado a Dios, al sentido del pecado y de la culpa, a la responsabilidad, a la redención. Que han dejado de lado a Cristo y que van elaborando una serie de ficciones acerca de la condición humana y de la vida de los hombres.

Esto explica que hayamos llegado a que sea el ateísmo lo que domine y prevalezca. Para un materialista ateo el sentido de la historia es la evolución immanente del mundo, que a partir de una nebulosa incandescente ha llegado hasta el hombre, haciendo salir siempre lo superior de lo inferior, lo más rico de lo más pobre, lo más distinguido de lo más indistinto, haciendo surgir las formas, las distinciones, las

calidades mejores de las inferiores y subalternas, y así paso a paso se van dando la idea de que lo mejor sale de lo peor, que lo superior sale de lo inferior, que la forma sale de la materia, que aquello que se va elevando del ser resulta apenas una consecuencia de las instancias inferiores que lo determinan. Entonces, claro está, el mineral explica al viviente vegetal; el viviente vegetal, explica al animal, y el animal explica al hombre, que aparece en la culminación y toda la historia del hombre, no es sino la historia de esas técnicas y de esos medios instrumentales que el hombre va creando a través de las ciencias exactas y experimentales de la técnica y de la industria que derivan de ella.

Esa es la historia que nos ha conducido a la idea de que la solución final, el sentido de la felicidad, la alcanzaría el hombre el día en que, gracias a esa prodigiosa ciencia y técnica, como ya está ocurriendo, produzca tal abundancia de bienes, como para colmar las necesidades de todos.

Según Nietzsche, *“la humanidad se encamina a la sustitución del sentido de la personalidad humana por el trabajo colectivo elevado a la más alta producción y se encamina hacia una felicidad de potrero verde”*. Supongamos que la humanidad colmara sus necesidades materiales, ¿eso significaría la solución de los problemas reales de la vida del hombre?

No decimos que no sea necesario un bienestar suficiente, pero de suyo no lo es todo. A veces, en medio de la necesidad extrema, los hombres han dado testimonios mayores y en otros casos han hecho renuncia voluntaria de todas esas cosas para llegar a ser sobre la tierra el testimonio de la existencia de Dios, porque la verdadera historia, como la verdadera psicología y la verdadera sociología, es una historia santa, es la historia de la salvación.

La historia que despreciamos o que ya no leemos ni nos acordamos, todo cuanto se relata en el Antiguo y Nuevo Testamento, todo lo que sigue como historia religiosa, historia de la Iglesia, he ahí la verdadera historia del hombre, y no comienza con una nebulosa, sino que tiene un principio, un centro y un fin: la presencia de Dios en la tierra.

¡Cristo es su centro! En sus tres años de vida pública, en su Pasión, Muerte y Resurrección se ha consumado toda la historia del hombre.

Después de Él, de estos hechos reales, no puede haber nada nuevo en la historia. Todo se consumó en Él y en la Santísima Virgen, y toda la historia que viene después de Él es la historia de la esperanza y del cumplimiento de las promesas que le ha dejado a los hombres, así como todo lo anterior a Él fue una preparación, una prefiguración de su venida.

La historia verdadera del hombre es la historia de la salvación, que se extiende entre la creación y la resurrección final de los cuerpos de los vivos y los muertos, y no lo que dice el *“Manifiesto Comunista”*. Veamos esa visión de la historia: *“La historia de la sociedad, hasta nuestros días, es la historia de la lucha de clases; en las primeras épocas históricas encontramos por doquier una completa división de la sociedad en diversos estamentos, una variada jerarquización social. En la antigua Roma hallamos patricios, caballeros, plebeyos y esclavos. En la Edad Media, señores feudales, vasallos, maestros, compañeros y siervos. Nuestra época, la de la burguesía, se caracteriza por haber simplificado los antagonismos de clase: toda la sociedad se divide cada vez más en dos clases directamente contrapuestas y enfrentadas, la burguesía y el proletariado”*.

Todo el esquema de la historia pasada es la explotación del hombre por el hombre; actualmente esa contradicción ha llegado hasta el extremo, y la síntesis final será una sociedad sin clases, ni Estado, ni propiedad privada, ni religión, porque ha sido un invento de la necesidad de los hombres, de su desesperación y angustia.

Mientras la tierra fue un valle de lágrimas, se buscó una contentación ilusoria, un paraíso más allá de la vida; el día que alcancemos la felicidad terrenal, ya no habrá necesidad de ideologías que mistifican el mundo, como la religión, y sobre todo la religión de Cristo.

En una sociedad de iguales, como quería Babeuf, en plena Revolución Francesa, sólo habrá un Estado administrador de cosas, como dice Engels en el *“Antidüiring”*, y nada más.

Tras esta visión de la historia corre hoy la humanidad entera, y hasta las gentes de Cristo se han puesto a correr también detrás de esa promesa ilusoria, de esa cosa tan prometedoras y tan radicalmente falsa.

Frente a esta historia está la historia vista como historia de la salvación, la de las grandes obras de Dios consumadas antes de la venida de Cristo, consumadas en Cristo, consumadas en la Iglesia después de Cristo. ¿Acaso las maravillas que Dios suscita en los santos, las obras santas, que tienen como protagonistas a esos instrumentos de Dios, no tienen un alcance infinitamente superior que cualquiera de los inventos, obras y técnicas que el hombre pueda producir?

Ser cristiano es, ante todo, creer en la historia santa, que es la real y verdadera, y creer que lo que Dios obra en el alma de los santos es de un orden infinitamente superior a las mayores obras de los hombres.

Los acontecimientos que se narran en el Antiguo Testamento son la preparación en la historia de la salvación, el cumplimiento pleno son los acontecimientos del Nuevo Testamento, la tercera etapa es la que se va cumpliendo en la Iglesia, la ciudad de Dios, que peregrina en medio de la ciudad de los hombres.

El misterio de Cristo llena el tiempo; todo el tiempo del hombre está ceñido por su presencia y su acción. En la resurrección de Cristo está el cumplimiento, ¿qué puede ocurrir de nuevo en la historia? ¿Qué puede ocurrir que no haya ocurrido ya en Él? ¿Qué cosa puede haber, de cualquier clase que fuere, que pueda considerarse una novedad?

Cuando consideramos la historia en la realidad, vemos que en la Resurrección de Cristo se han cumplido las dos grandes metas de la historia, la glorificación perfecta de Dios y la unión perfecta de lo Divino y lo humano en el hombre. Por esto, la meta no es el hombre total del que habla Marx, la humanidad recuperada de todas sus alienaciones, que está de acuerdo y en armonía consigo misma: la meta de la historia es el Cristo total.

El Cristo total, Él y nosotros, la vida y los sarmientos incrustados en Él, renovados y rehechos interiormente en la redención cumplida por Él, asumida en nosotros y luego proyectada en la ciudad de los hombres. Formar a Cristo en nosotros y formarlo en la ciudad; que la ciudad sea una imagen, aunque lejanamente parecida, del cielo de Dios.

Tal es la meta y camino del cristiano que camina, que transita con las virtudes sobrenaturales y naturales, a través de los dones del Espíritu Santo, y con ese programa viril que son las bienaventuranzas del Sermón de la Montaña.

Con el significado y el sentido de cada una de las virtudes naturales y sobrenaturales vemos que están íntimamente relacionadas con la verdad, o sea con el ser, con lo que es, porque de lo que se trata es de ser fiel a lo que es y al ser por excelencia en el nivel absoluto y trascendente, Dios.

¿Qué es, por ejemplo, la suprema de las virtudes, la virtud de la caridad? Es amar la verdad con el amor de Dios, es amar al otro en ese amor, que es amor de la verdad, porque no hay amor fuera de la verdad. ¿Quién puede amar lo que no conoce? Del conocimiento irradia el amor, y el conocimiento se hace más lúcido y pleno.

La caridad es amar a Dios en la verdad de Dios y amar al prójimo en la verdad de Dios, y no como se dice ahora, que se separa del precepto evangélico la parte de amar a Dios sobre todas las cosas y se deja exclusivamente el amor al prójimo, desgajándolo de su raíz, que es el amor y la caridad de Dios.

¿Qué es la esperanza sobrenatural? Es aquella virtud por la cual Dios urge en nosotros la expectación de esa unión definitiva con Dios en la Eternidad.

¿Qué es la Fe sobrenatural? Esa virtud por la cual conocemos la verdad de Dios en su intimidad, la Encarnación del Verbo, la Santísima Trinidad y la Resurrección y el sentido que representa para nosotros la Vida Eterna.

¿Qué es la virtud de la Prudencia? Es todavía relación con la verdad, es obrar en la verdad, según el ser, es obrar la realidad en todo.

¿Qué es la virtud de la Justicia? Vivir en la virtud con el prójimo.

¿Qué es la Fortaleza? Defender la verdad hasta la muerte.

¿Qué es la Templanza? El ordenamiento interior de las pasiones y de los apetitos a fin de que en el hombre queden removidos los obstáculos interiores, para la contemplación de la verdad.

Y luego vienen los dones del Espíritu Santo, que perfeccionan esas virtudes y permiten la acción en nosotros del espíritu de Dios, de la fuerza de Dios en nosotros.

Una vez en este camino, se nombran las bienaventuranzas, este programa de Dios a los hombres, por el cual Cristo llama a seguir su camino. *“Bienaventurados los pobres de espíritu, porque a ellos les pertenece (así, en presente) el Reino de Dios”*. ¿Quiénes son los pobres de espíritu? Son los que se han hecho pobres de su propio espíritu, de su propio juicio, de su propia voluntad, son los desprendidos de todos los bienes terrenales y de sí mismos. Desprendidos no quiere decir despreciadores, se trata de no ser esclavos de ninguna cosa terrenal, de juzgar las cosas no con nuestro juicio individual sino con el juicio de Dios.

Pobre de espíritu es ser humilde, que como decía Teresa, es el único que puede estar en la verdad, el desprendido de sí mismo, el que sabe escuchar, el que tiene memoria fiel y es dócil para acatar lo que son las cosas y llamarlas por su nombre propio.

*“Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra”*. ¿Quiénes son los mansos? Son los que no corren desesperados detrás de las cosas, codiciosos, lujuriosos, desafortunados por tenerlas. Y no corren no porque no las sepan apreciar, sino porque saben que las cosas no son objeto de la codicia sino de la generosidad y disposición de los hombres. Entonces, a esos hombres, a esos mansos, les pertenecerán justamente las cosas de la tierra.

*“Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados”*. Son los varones y mujeres de dolor. ¿Quién que ame en esta vida no es fuente de dolor, como lo fue Nuestro Señor Jesucristo? ¿Qué amor se puede vivir realmente si ese amor no significa, por lo mismo que se vive pendiente y en donación y en entrega total del ser amado? ¿Cómo no se va a sufrir de su sufrimiento, de su muerte, de todo lo que lo pueda afectar? Hasta Cristo lloró en la muerte de Lázaro, a quien iba a resucitar al momento.

*“Bienaventurados los que padecen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados”*. Esta sí es un hambre que hay que tener, hambre sin límites de justicia. Y esos serán saciados.

Y bienaventurados los misericordiosos, los que han tratado con misericordia, con caridad, con honor a los demás: a ellos los espera la misericordia de Dios.

Y bienaventurados los puros de corazón, los limpios, los despreciados, los que han sosegado y moderado sus pasiones, que son cosas buenas, siempre que estén ordenadas como Dios quiere. Ellos verán a Dios, los limpios; para ellos, la contemplación, el ocio contemplativo.

Y bienaventurados los pacíficos, no los pacifistas, los pacíficos, es decir, aquellos que son portadores de paz, porque la llevan en sí mismos y la irradian como Cristo. Por eso serán llamados hijos de Dios.

Y finalmente, bienaventurados los que sufren persecución por causa de la justicia, por causa de la verdad, por causa de Cristo. A ellos les pertenece, en presente, el Reino de Dios, ya están en el Reino.

Éste es el programa para el hombre frente al programa de la felicidad de potro verde. Éste es el programa de los varones y las mujeres de eminente, en el grado absoluto y trascendente.

**Prof. Jordán Bruno Genta**

## ¡DESTRUIR A GOLIAT!

Frente al avance arrollador del Comunismo y al espíritu de entrega servil de las Democracias occidentales, no dejaremos de clamar que la única salida es la restauración católica, nacionalista, jerárquica y militar de la Patria.

No existe para nosotros nada más que una alternativa: restauración católica o revolución comunista.

El tiempo apremia y sólo nos queda repetir una vez más la sentencia de San Agustín: *“No es ésta la hora de plantear cuestiones, sino de confesar a Cristo”*.

Confesarlo en todo, en la vida privada y en la vida pública, en el pensamiento, en la conducta y en la política. Y en primer término en la política, que el liberalismo ha laicizado; esto es hasta el extremo de que la mayor parte de los católicos suman su tontera a la sagacidad de los enemigos de Cristo, gritando con ellos en la plaza pública: *¡Fuera la Religión de la política!*

Lo peor es que muchos sacerdotes precisan que así debe ser, en contra de lo que repetía el Cardenal Pie: *“Tratar de convertir a los individuos, sin querer cristianizar a las instituciones, hace frágil la obra... lo que se edifica por la mañana, se derrumba por la tarde”*.

Urge que se entienda y se haga entender que la concepción democrática liberal, burguesa o proletaria, prepara y sirve al advenimiento del comunismo en la medida que predomina en las instituciones públicas. Así es como el Estado de Derecho, la Constitución Nacional, la familia, la escuela, la universidad, los gremios y las Fuerzas Armadas en la Argentina de hoy, con su estructura y sentido liberales, preparan y sirven al comunismo, sean cuales fueren las intenciones de los que dirigen o mandan.

Es tarea vana e inoperante enseñarles a los Jefes y Oficiales de las Fuerzas Armadas Argentinas, la Ontología, la Ética, e incluso, la Política según la filosofía perenne, sin demostrarles al mismo tiempo, que nuestras instituciones están inspiradas en su negación más radical y absoluta. ¿De qué sirve ante las inminencias que se precipitan, hablar del ser y de los trascendentales, del acto y de la existencia, de la sustancia y de los accidentes, de las causas y de los medios, sin denunciar a la luz de esas distinciones primordiales que somos una República sin religión ni metafísica?

¿Qué significa exponer teóricamente la Verdad, predicar la Palabra de Dios y apoyar prácticamente esa anarquía y subversión democráticas que padecemos?

No importa que no se apoye expresamente, basta con el silencio culpable. No es la hora de planes pedagógicos a largo plazo, sino de dar el testimonio entero de la Verdad, combatiendo al error donde se encuentre y sin reservas de ninguna especie.

Cristo tiene que volver a ser el centro en el alma humana, en la ciudad terrena y en la Historia Universal. Tenemos que construirlo todo desde Él, por Él y para Él. Sólo así tendremos la fuerza de Dios para enfrentar al nuevo *“Goliat que se viene con su tremenda amenaza”* (Juan XXIII).

La civilización occidental moderna no es cristiana, sino que ha venido siendo cada vez menos cristiana. Su origen y raíz es la ruptura con la unidad de la Cristiandad, la filosofía, las ciencias, la ética, las bellas artes, se han ido apartando de la Unidad para caer en la separación, la anarquía, la confusión. Y por esto es que esa misma ciencia del espacio que obra prodigios, desarraigada de la Fe sobrenatural y de las verdades esenciales, *“no es crecimiento, sino derrumbamiento”* como decía San Agustín.

Nada puede ser más desconcertante que la coincidencia de los viajes a los espacios siderales, con el mundo de esclavos aterrados en que nos estamos convirtiendo. El hombre exterior con su formidable poder sobre las cosas, contrasta con el anonadamiento completo del hombre interior: ¿De qué vale ganar el mundo si pierdes el alma?

Para entender hasta qué punto es verdad lo que estamos diciendo, medite el lector estas instrucciones de Bismarck a su embajador en París, en 1871 y después de la derrota de Francia: *“Una política católica de Francia le daría una gran influencia en Europa y hasta en el Extremo Oriente. El medio de contrarrestar su influencia en beneficio de la nuestra es abatir al Catolicismo y al Papado, que es la cabeza. Si podemos alcanzar este fin, Francia está para siempre aniquilada... Los radicales (Gambeta, Bert, Ferry, Littré) nos ayudarán: ellos juegan nuestro juego. Lo que yo ataco por política, ellos lo hacen por fanatismo antirreligioso. Su concurso está asegurado. Sí, poned todos vuestros cuidados en mantener este cambio de servicios mutuos entre los republicanos y Prusia. Francia pagará los gastos”*.

Quiere decir que des cristianizar a las naciones católicas como Francia, España o la Argentina, es debilitarlas, disminuirlas, abatirlas. Recuerde el lector que los masones y liberales que gobernaban nuestra Patria en el '80, a la zaga de los masones y liberales franceses, des cristianizaron la familia y la escuela argentinas. Y ese fue el paso previo indispensable para la Reforma bolchevique de la Universidad en 1918.

Invocar a Moreno, Rivadavia, Sarmiento y los otros falsos próceres liberales, para oponerse al comunismo, es sencillamente estúpido y torpe, cuando no es complicidad y colaboración con el enemigo. Hay que revisarlo todo, no solamente la Historia Argentina; pero revisarlo a la luz de la Fe, de la Esperanza y de la Caridad sobrenaturales. Hay que volver urgentemente, con la ayuda de Dios, a la Encarnación del Verbo en nuestro pensamiento, en nuestro corazón, en nuestra conducta y en nuestras instituciones públicas. Volver a la Unidad, a la Verdad y a la Realeza de Cristo y de su Iglesia Católica, Apostólica y Romana.

No hay más que Cristo o el Anticristo. Sólo en Cristo nos haremos fuertes con la fuerza de Dios, como el pequeño David, para enfrentar y abatir al nuevo Goliat.

*Jordán Bruno Genta*

Tomado de *“Combate”* n° 98, de julio de 1961, y *“Cabildo”*, segunda época, año XI, n° 105, de octubre de 1986.